REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

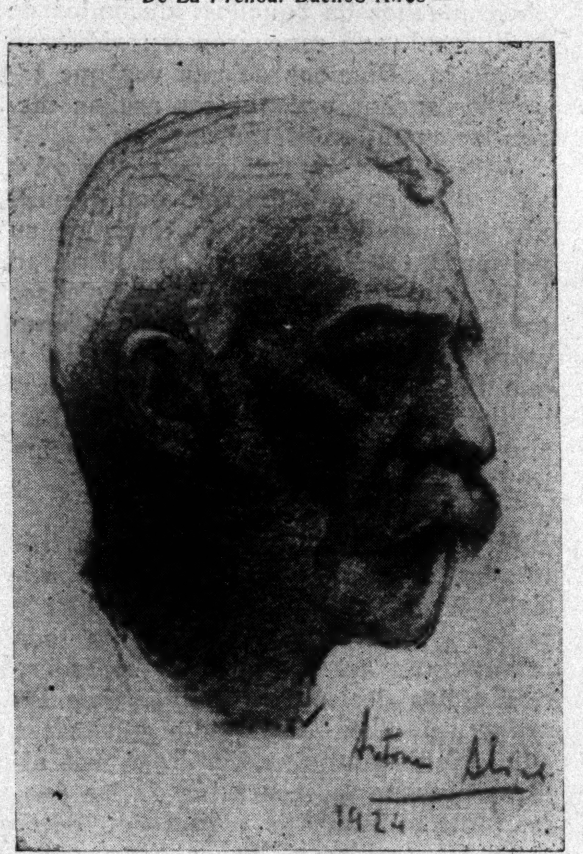
Tomo XXV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 13 de Agosto | Núm. 6

Año XIV. No. 598

SUMARIO

Ulpi

= De *La Prensa*. Buenos Aires =



J. V. González

Ya pocos lo saben, platenses. Mañana ¿quién lo recordará? El nombre de Ulpi es ahora un recuerdo para los crepúsculos. Pero ayer, en la gran hora tan azul de las conmemoraciones cívicas del Centenario, Ulpi (Universidad La Plata Internado) fué el nombre de un ideal extremadamente bello.

Destino extraño el tuyo, ciudad que amo: en una vida tan breve una peripecia espiritual tan singular.

Pero antes digamos que por ese tiempo había en la atmósfera moral de la patria una sagrada inquietud. Muchos la registramos puntualmente. Se decía, se clamaba: Necesitamos maestros. Algunos histriones respondían: Nosotros somos los maestros. Mas no lo eran. Querían antes bien hacerle un sacrílego fraude a la vida. ¡Y tan luego cuando la juventud estaba vestida de blanco, ansiosa como nunca de maestros de verdad, penetrada de un intenso, de un vehemente deseo de revelaciones! Tan luego cuando esa juventud declaraba: Nada más despreciable que el falso sacerdote, que el mentido apóstol, que el fingido anunciador... Todo esto, porque se quería acabar para siempre con las máscaras, aniquilar la mentira, preparar la hora de los verdaderos guías. Y se decía y se clamaba: Necesitamos maestros. Dechados de abnegación, y no hombrecillos mundanos y frívolos. Maestros que supieran sembrar infatigablemente en las almas: de quienes se contasen —pluguiéralo Dios—rasgos sublimes; corazones abiertos a todas las voces, bien así como quien está siempre listo para oír una nueva verdad: que no tanto en el buen hablar cuanto en el sabio escuchar se reconoce a los maestros que de veras lo son. Se buscaba a los rectos; pero entre éstos a los que supieran ser como los hermanos mayores de sus discípulos. Maestro que supiera inspirar, promover, despertar. Maestro creador. Dicho en suma total: Maestro capaz de ser un autor de hombres.

Había sed, grande sed de palabra viva. Se quería delante del mapa de los tiempos nuevos el sentido de la vida nueva. No libros solamente, sino además palabra viva. Porque pensaban: La erudición por la erudición es como un salto de payaso. Voltereta al cabo de la cual se vuelve a caer en el mismo sitio.

Fué entonces la hora justa de aquel tan noble señor de quien tengo dicho en verso:

Aquel anciano de gran linaje,
casi un hermano del buen Kabir,
cuyos ensueños, hechos celaje,
se iban al cielo del porvenir.

Este que sigue merece meditación, platenses. El verdadero fundador se distingue del falso, en que otros fundadores vienen o vendrán en pos. Dardo Rocha se prueba con Joaquín V. González. Pues harto se asemeja toda fundación de verdad al templo de Júpiter Belo que había en Babilonia: Ocho torres se alzaban sucesiva y armónicamente a los cielos en aquel famoso templo, una sobre otra, cada cual de un color—blanca, purpúrea, azul—hasta la cúpula casi inaccesible, de oro. De igual modo, en toda función de verdad siempre hay torre más alta que construir, según el espíritu va soñando nuevos y más dilatados espacios. Dijimos que Ulpi fué el nombre de un ideal. Añadamos ahora que Ulpi fué como una torre sobre otra torre en el templo de los mejores ensueños de la patria.

Ayer todo esto; hoy un recuerdo para los crepúsculos...

Pero aun diré que de haber llegado el pensamiento que informó la creación de Ulpi, traído en alas de la fama, de Inglaterra, del Japón, de la India, no pocas conferencias nos hubiera tocado escuchar para encarecimiento de sus métodos. Ahora bien: como Ulpi no fué una noticia extranjera sino una hermosa realidad argentina, sólo vivió diez breves años, si tanto...

Destino extraño el tuyo, ciudad de La Plata: en tan corta vida una peripecia espiritual tan dramática.

Pero ¿qué fué Ulpi?

He aquí cómo hablan de Ulpi los que creen conocer su historia, bien lejos empero de conocerla en su verdadera esencia:

—Habéis de saber—adoctrinan—que siempre viajan por los cielos nubes de ensueños y utopías que un viento casual va llevando por el mundo de unas a otras partes.

La República Ulpi

= De *Inter-nos*. La Plata, R. A. =

Cuando los escritores políticos quieren significar la imposible realización de ideales de gobierno, suelen inventar nombres simbólicos de aquella condición: "el reino de Utopía", por ejemplo; y nuestro Alberdi ha escrito verdaderos romances para exponer al vivo las vicisitudes de la libertad en estas zarandeadas democracias suramericanas.

También los poetas,— filósofos y estadistas a su modo, y no siempre los peores, a pesar de la sentencia sobre ellos dictada por ese déspota de la belleza que fué Platón, —suelen tener sus "poemas de gobierno" de las sociedades humanas; y cuando digo que acaso sean los mejores es porque, reconstruyendo su proceso mental, concibo como ellos una república que tenga de todo lo que hay en la naturaleza, esto es, en el hombre en cuanto es animal, y en el animal, en cuanto se halla regido por leyes comunes con aquel su soberano por derecho de conquista.

Mogeolle, Bordier, Maeterlinck y otros,—Fabre el último y más "concreto",—han señalado a la crítica las ventajas y defectos de las organizaciones político-sociales de las hormigas y de las abejas; y los esposos

(*Pasa a la página 83*)

Por las tardes, confúndense con las nubes del poniente y se convierten, ya fabulosas, en montañas de plata y de oro o en extendimientos de fuego. Hasta que todo se lo traga la noche, y vuelta a comenzar al otro día. Ulpi era en un principio una de esas nubes de pedagogía utópica que andan errátiles por los aires a la busca de alguna soñadora tierra propicia. Tales quiméricos espejismos pedagógicos no dejarán nunca de mostrarse a los hombres. Proceden, conocidamente, de esa como niebla que sin duda se levanta de Crotona, la comarca que eligiera Pitágoras, allá en la Magna Grecia, para su singular cofradía de iniciados. Ello fué que la nube se posó entre los eucaliptos del Bosque platense. Y fué el Internado; es decir, Ulpi: una república de estudiantes soñada primero por las nubes erráticas y realizada después por un místico de la pedagogía.

Regenteaba la original república un Tutor—claro varón—, el cual tenía otros claros varones que lo secundaban. Los maestros parecían pensados por Rodó en la más bella página de "Ariel". Los alumnos, diseñados por Cané en la más recogida anécdota de "Juvenilia". Maestros y alumnos sentían la trascendencia de su particular destino, y todos vivían horas de resplandeciente belleza moral en aquel paradójico internado de puertas abiertas. Porque eso era Ulpi, desde otro punto de vista: el internado que no lo es. Ni vigilantes, ni celadores, ni determinadas horas de estudio. Por encima de todo, la enseñanza viva de la libertad... Los alumnos se daban como en ofrenda a un porvenir mejor, se ofrecían cándida y sinceramente para sabios, para apóstoles, para héroes; y los maestros, bajo el simple aspecto de unos buenos hermanos mayores, se disponían a ser los maestros creadores que se necesitaban, los autores de hombres que hacían falta... Entretanto, y con esta mira, ¡cómo se remedaba la vida pública en aquella deliberada y voluntaria colmena! Allí sociedades cooperativas, allí cajas de ahorros, allí teatro, ateneo, gimnasio; allí gobierno, cámaras, tribunales. Allí presidente de la república y ministros. Allí visitas de grandes hombres... Por bandera, una grímpola con los colores violeta y blanco. El violeta simbolizando el altruismo; el blanco, la pureza.

Todos creen saber las cosas de Ulpi, bien lejos de conocerlas, y piensan: De las muchas nubes de utópicas excelencias que deambulan por los cielos una vino a posarse al medio de tu viejo bosque, Ciudad...

———

U. L. P. I. (Universidad, La Plata, Internado). De cuatro siglas puede salir un nombre, y de un nombre hasta una religión...

La casa reía en el bosque a pleno sol, en una dicha de ventanas abiertas. Desde los balcones se divisaba o una calle hasta lo infinito, o la extensión inmensa del Plata. Una cama blanca, un ropero de roble, un velador, un escritorio y dos sillas eran el mobiaje de cada educando. Poca cosa más completaba aquel despejado ambiente de paredes blancas: unas flores, un retrato, una sentencia mural. Por ejemplo ésta: **Haz las cosas pequeñas como si fueran grandes, y llegarás a hacer las cosas grandes como si fueran pequeñas.** Un gran ulpiano, un perfecto devoto de Ulpi nos lo dice con tal acento que volvemos a pensar:—U. L. P. I. De cuatro siglas puede salir un nombre, y de un nombre hasta una religión.

Pero—discuten hoy todavía los que creen conocer el pensamiento ulpiano—¿es que se puede a discreción sembrar y recoger en materia de destinos? ¿O no tiene razón el árabe fatalista cuando dice que cada uno lleva el pájaro de su suerte atado al cuello? Hacer tales blancos en el porvenir... ¿y cómo? ¿El arco, la enseñanza? ¿La flecha, cualquier vida de aquéllas? ¡Ay! La teoría confrontada con la realidad haría sonreír no ya a los hombres: a las piedras... Muchos, muchos de aquellos educandos de la libertad, ¿no renegaron y maldijeron de ella?... Digamos de una vez que todos los sueños pedagógicos acaban merecidamente despedazados.

Así hablan y así hablaron siempre los que ni saben ni supieron qué era Ulpi; los que ignoraron la clave de su pensamiento. Pensamiento tan alto, tan bello, tan claro, tan fácil, que de ser extranjero no pocos libros se hubieran escrito en la patria para encarecerlo, y que siendo una realidad argentina acabó tristemente deshecho en la nada. Justamente cuando ya era Ulpi como una torre sobre otra torre.

———

No. Ulpi no era uno de tantos artificios pedagógicos que el saco roto oficial va sembrando. Tenía una profunda razón de ser. Su fundador sentía toda la amargura del drama histórico argentino. Había descubierto la fuente de los males: el odio. Odio, odio y siempre odio. Llamaradas de odio, acaso más altas, marcaban la separación de las épocas. Entre Saavedra y Moreno, odio; entre Montevideo y Buenos Aires, odio; la segregación del Paraguay, egoísmo y odio; entre la Junta y el Triunvirato, odio. Entre las provincias y su natural capital, desconfianza, mezquindad y odio. De uno a otro Triunvirato, odio. Del Directorio en adelante, una serie de derrocamientos sin gloria: hasta asambleas y congresos gloriosos derrocados a los vientos del odio. El Año Veinte, encrucijada de envidias, de rencores, de odios. La inútil aparición de Rivadavia. La total anarquía después de la caída del titán generoso. El patíbulo de Dorrego; Rosas. Odio vivo, odio implacable, hasta las mismas vísperas de la fundación de esa providencial ciudad de La Plata... Odio también después. Horrorizado por su dantesco viaje a través de esa selva sangrienta, el fundador de Ulpi oponía este dogma de amor: **Conocernos para comprendernos; comprendernos para amarnos.** Y quería que Ulpi fuese como el primer núcleo de esta honda recomposición de la patria; que en estos internados se congregaran niños de todas las partes del país. Como lo hubiera imaginado algún místico del Oriente, se propuso él ir creando fraternidades o cofradías de amor de que fueran miembros, niños de costumbres, clases sociales y fortunas distintas; comunidades en suma de un patriotismo de tipo nuevo, de un patriotismo resueltamente elevado a religión. Año por año se celebraría el día de Ulpi; todos los años la cita sagrada de los nuevos con los viejos...

Ved por ahí si era Ulpi uno de tantos artificios pedagógicos...

Pero lleguemos hasta el fin.

———

Desde que conocí y hube de meditar la historia de Pitágoras, estos ensayos casi iniciáticos parécenme ineluctablemente peligrosos. El mundo no está listo para tales realizaciones. Todo está listo, en cambio, para que se frustren los mejores intentos. Se teme oscuramente que un poder nuevo, desconocido, pueda surgir dominador, con nadie sabe qué extrañas ramificaciones. Una reforma que involucre lo político y lo religioso y sea capaz de dar una renovada síntesis de ciencia y vida alarma por manera profunda a los hados. Némesis vigila... Así en la historia de Pitágoras contada por Schuré. Así en la historia de Ulpi.

Acaso por recorrer siquiera en fragmentos de arco esta órbita vedada, Ulpi también debió sucumbir. Y fué lo más dramático que en cierto modo sucumbiera a manos fraternas. Más allá de las anécdotas está el episodio grande. Avasalladora, y con las banderas adelante, una columna juvenil ansiosa de reformas se había puesto en marcha desde Córdoba hacia el futuro. ¡Hurrah, hermanos! Habían exclamado los de Ulpi. Mas por la fuerza de las cosas aquella falange pasaría destruyendo, sin quererlo ni saberlo. Y cierto: no lo supieron, no lo quisieron; pero Ulpi, la torre que estaba sobre otra torre, cayó.

Con todo, el alma de Ulpi no ha muerto. Vaga desde entonces en el bosque platense esperando el día en que cien Ulpis, a imagen de la que fué, se levanten por cofradías en las grandes extensiones de la patria.

Porque bien lo dijimos: De cuatro siglas puede salir un nombre, y de un nombre hasta una religión.

Arturo Capdevila

La República Ulpi...

(Viene de la página 81)

Peckham han mostrado la posibilidad de la orgánica selección de la raza, por el ejemplo de las arañas. Entre los "educadores" puros, sin mencionar éxitos efímeros como el de Roches y sin referirnos a los clásicos ejemplos ingleses, que proceden de la semilla que dejó en ellos el español Luis Vives, el Conde Tolstoy ha ideado y realizado su ideal de Iasnaia Poliana, y otro español, Giner de los Ríos, ha sembrado por allí semillas que darán al fin sus frutos, como los daban las famosas bellotas de sir Mildway en tiempo de Isabel de Inglaterra.

El que concibió el tipo de colegio interno que debía establecerse dentro del vasto conjunto universitario platense, tuvo en vista, sin duda, no una utopía, ni una formación particularísima y restringida del molde tolstoiano, ni alguno otro confesional o imitado del secular sistema monacal latino, sino uno que tuviese en sus posibles aplicaciones a nuestro medio, todas las ventajas de las mejores experiencias, y se rigiese, en general, por un principio científico dominante, que puede ser el de las leyes didácticas más probadas como la de la espontaneidad del elemento "vida", y en el fondo, estos que los informan a todos: el afecto, la cooperación—el afecto como sentimiento expresivo del núcleo social, la cooperación—el afecto como sentimiento expresivo del núcleo social, la cooperación como la realización primera de lo anterior.

Bueno, y apenas comenzó a vivir y desarrollar sus virtudes y sus defectos, sus hábiles cuanto inspirados directores y maestros, como el experto cosechador, reservaban los buenos granos y separaban los malos, aquéllos para la siembra y éstos para el laboratorio o para el fuego. Los que hubieran podido creer que entre nosotros,—hijos de una raza en la cual aún no se ha acabado de excluir los granos malos,—véanse las observaciones del nuevo **Espectador**, Ortega y Gasset,—era imposible una selección depurativa hasta descubrir y revelar—no crear—el "afecto colectivo", tienen ahí la prueba de su error, como la tendrían si examinaran con verdadera imparcialidad, en todos los internados, aun los más mercantiles y exclusivos, los cuales demuestran que lo que acostumbran los críticos llamar "defectos de la raza" no son sino errores inveterados de sistemas o de métodos.

La República Ulpi, nacida tan espontáneamente como su nombre,—anagrama de su situación:

Universidad
La
Plata
Internado,

es la experiencia más feliz realizada en la Argentina, de una fundación social-educativa, aun dentro de nuestros regímenes oficiales, en la cual se ha combinado el elemento científico, doctrinal y experimental, con el histórico, diremos así, para significar que, aun siendo una innovación, sólo es una "continuidad" de los internados ilustres y beneméritos de Córdoba (Monserrat), San Carlos (Buenos Aires) y Uruguay (Entre Ríos), y también de los religiosos, despojados, por supuesto, de los caracteres especiales de su destino profesional y confesional, para sólo aprovechar de todos ellos la indudable ventaja de la "vida común" entre alumnos, y entre maestros y alumnos, que suprime la "distancia" dogmática y pragmática, para establecer este fecundo, irreemplazable hilo conductor de todo conocimiento, la simpatía, la amistad, la confianza entre el que aprende y el que enseña, suprimiendo entre los segundos el de la intimidad mal entendida y peor aplicada. Así, lo que uno aprende es de todos, y lo que uno ignora lo tiene de los demás; pero de los que más aprenden es, en suma, el propio maestro por las contínuas revelaciones del elemento "amor" o "afecto" en punto de comprensiones, sugestiones y visiones de toda ciencia y arte.

¿Por qué ha dicho Leonardo de Vinci, que el camino de la sabiduría es el amor, y Beethoven la bondad, y el Tagore en "Sadhana" ha sentenciado que "no nos comprendemos porque no nos amamos, y no nos amamos porque no nos comprendemos"? Y la ciencia aplicada a la educación, por fin, nos aconseja ya sin discrepancia toda organización y método fundados en la identificación del alma del discípulo y su maestro. Asemejad la escuela a un hogar cálido de amores y amistades inquebrantables, y habéis resuelto el arduo problema sin más ecuaciones ni desvelos enciclopédicos. Habréis simplificado la más complicada cuestión política de los tiempos, con poner estas solas piedras en la base de toda escuela: afecto, amistad, confianza recíproca, para que los hombres se entreguen, se den, se ofrenden unos a otros, supriman entre ellos las distancias, los recelos, las ignorancias mútuas.

He nombrado al Tagore y aunque ya los que me oyen o los que me leen conocen mi afinidad mental con el amado bardo hindú, debo decir aquí que él también tiene su escuela personal—su Shanti-Niketan, es decir, su "casa de la paz" o del reposo—en Bolpur, en una apacible y confidente campiña, fundo de familia. Pero al ser "personal" su escuela, es "humana", porque su filosofía es esa, "la fusión del alma individual en el alma del todo, por la ley natural del amor que los identifica". El primer núcleo se cohesiona y solidifica en la escuela, por la constante acción del maestro-padre-sacerdote-amigo-hermano-compañero-poeta-músico, y cuando salen a la vida del estado y de la humanidad, no hay poder que pueda separarlos en estas diferenciaciones irreparables que sólo el "odio" establece entre las criaturas.

La Argentina tiene su Shanti-Niketan menos personal, sin duda, pero no menos fecundo. El afecto, la amistad, la cooperación, entre alumnos y maestros, le dan su fundente poderoso, y por grandes que sean las fuerzas de los odios ancestrales y nacionales, ellos sabrán transformarlos por la sola virtud del principio inspirador de la democracia ulpiana—el de ser una caballería de afecto y de honor, de labor y de ideal, para el bien de la patria y felicidad del género humano y cada uno de sus jóvenes caballeros de hoy será, sin duda, en el porvenir, un cruzado invencible de la santa democracia del amor y de la ciencia.

Son los votos con que los saluda, en el 50º número de la revista Inter-nos, el más devoto de sus amigos y compañeros.

J. V. González
Presidente de la Universidad

La Plata, 25 de noviembre de 1917.

Tablero

= 1932 =

EL CABLE DEL Dr. VARONA

Haya de la Torre es un hombre continental. Pertenece a América. En nombre de los intelectuales cubanos, me dirijo al Gobierno del Perú, pidiéndole su vida.—Enrique José Varona.

LO QUE OCURRE CON HAYA DE LA TORRE

A pesar del desmentido tardío hecho por una de las autoridades policiales de Lima, con respecto al juzgamiento de **Víctor Raúl Haya de la Torre, Jefe del Partido Aprista Peruano y Candidato a la Presidencia del Perú para la que obtuvo 110.000 votos no impugnados**; desmentido que es resultante de la campaña mundial hecha en torno a ese asunto, estamos en condiciones de informar plenamente y con detalles acerca de la real situación en que se encuentra **Haya de la Torre**, y desmentir por consiguiente la afirmación de Lima.

1º—**Haya de la Torre**, enjuiciado como se sabe por imaginarios delitos que significan, por parte de sus acusadores, el desconocimiento del artículo constitucional que garantiza la libertad de ideas y creencias, y la burla de la amnistía a todos los que actuaron revolucionariamente contra Leguía (caso de Haya, cuyas cartas, cabeza del proceso son de 1929), fué sometido en mayo, a raíz de su prisión, a la jurisdicción ordinaria de justicia, en virtud de la denuncia formulada por el Agente Fiscal Dr. Blondet.

2º—Su defensor sólo pudo asistir al día en que fué tomada su instructiva. No pudo consultarse más con él, pues a pesar de haber sido tomada la instructiva, se mantuvo la incomunicación.

3º—En junio, el Director de Gobierno (Subsecretario del Interior), se dirigió al Juzgado diciendo que Haya de la Torre estaba comprendido en la Ley de Emergencia—que condena sin oir al acusado, y ejecuta la sentencia sin apelación y sin defensa,—pero el Tribunal Correccional falló declarando que el Juez continuara conociendo del asunto, no obstante lo cual, el Ministerio de Gobierno, actuó como si **Haya de la Torre no estuviera sometido a acción judicial**, privándolo de conferenciar con su defensor.

4º—Ultimamente se supo que, con fines de notoria maldad y atentando contra todo derecho, el Juzgado Militar de Lima, había comprendido a **Haya de la Torre** entre los supuestos autores de una conspiración de clases y soldados, en diciembre último. La defensa de **Haya de la Torre ignoró la existencia de tal proceso, así como que a Haya de la Torre se le había tomado instructiva por el fuero militar con este respecto**, a fin de condenarlo de acuerdo con la Justicia Militar, a él, hombre civil.

5º—A pesar de que **Haya de la Torre se encuentra preso desde el 6 de mayo**, la Corte Marcial nombrada para juzgar de la supuesta tentativa de levantamiento en Lima, el 2 de julio, ha comprendido al prisionero entre los responsables del falso ataque a la Escuela de Las Palmas, y también entre los promotores de la revolución de Trujillo, hoy extendida a la sierra Norte de Ancash. Esa misma Corte Marcial va a juzgar al doctor Encinas, Rector de la Universidad de San Marcos.

6º—Es inexplicable y absurdo cómo se acusa a Haya de la Torre de delitos cometidos por otros durante la prisión de él, que se mantenga la incomunicación; que, estando enfermo se le mantenga en una celda cuyo único ventanillo está clausurado; que, a pesar de la orden del Juez para que se le ponga en comunicación con sus defensores, ello no sea obedecido por las autoridades policiales, y que esté sometido a **cuatro jurisdicciones distintas**, a saber: **La Jurisdicción Común, La Ley de Emergencia, La justicia militar ordinaria y una Corte Marcial.**

7º—Agradecemos, desde ahora, las protestas que conocemos contra el crimen que está perpetrando el gobierno de Lima, contra Haya de la Torre: Senado de Colombia, de Costa Rica, Cámara de Representantes de Colombia, Liga Internacional para los Presos Políticos, Liga Internacional de los Derechos del Hombre, Periodismo Ecuatoriano, Periodismo Chileno, Estudiantado Panameño, Colombiano, Argentino, Chileno, Costarricense, Ecuatoriano; señores Manuel Roy, Octavio Méndez Pereyra, Joaquín García Monge, Miguel de Unamuno, Waldo Frank, Romain Rolland, Jorge Mañach, Gregorio Marañón, Luis Jiménez de Asúa, Eduardo Ortega y Gasset, Alfredo Palacios, Ricardo Rojas, Sinclair Lewis, Diego Luis Molinari, Angel Guido, que son los que conocemos hasta este momento.

Armando Alva Díaz, Alfredo Baluarte, Luis Alberto Sánchez

Panamá, 29 de julio de 1932.

LA VOZ DE LOS INTELECTUALES ARGENTINOS

Con motivo de la prisión de Haya de la Torre, escritor y político peruano de prestigio continental, se ha producido en la Argentina un movimiento de opinión de que es expresión este generoso mensaje dirigido por un núcleo de intelectuales al Congreso Constituyente de la nación hermana, y cuya reproducción se nos ha solicitado. Los directores de **Nosotros** habríanlo suscrito complacidos de haberles sido solicitada su firma. Este es el texto del mensaje:

"Los ciudadanos argentinos que suscribimos este mensaje, con motivo de la prisión de Haya de la Torre, no invocamos otro título que los tradicionales sentimientos de amistad que nos unen al pueblo de ese país hermano, y sólo nos mueve al dirigirlo a ese Congreso Constituyente en su carácter de la más alta expresión del organismo estadual del Perú, un elevado sentido de los deberes continentales.

"Por encima de toda interna frontera política, estimamos que Haya de la Torre, por sus altas condiciones intelectuales y éticas, por su aguda visión de nuestro común porvenir y por la fecunda campaña de ideas cumplida en muchos de nuestros países, es un hombre que pertenece a nuestra América. No queremos ni debemos investigar las causas que motivan su prisión actual. Sólo deseamos que ese alto cuerpo, abriendo su comprensión a este cordial reclamo de un grupo de hombres vinculados al pensamiento argentino, dicte las medidas que determinen su libertad, a fin de que pueda venir a esta república donde tanto se le conoce y aprecia, y a la que le invitamos con nuestro mejor entusiasmo, fieles a la huella de hospitalidad que caracteriza la historia de nuestra patria.

Ricardo Rojas, Alfredo Palacios, Alejandro Korn, Mario Sáenz, Guillermo Ahumada, Rodolfo Aráoz Alfaro, Roberto Abbondanza, Arturo Ardoino Posse, Eduardo Araujo, José P. Barreiro, Emilio Biagosch, Saúl Bagú, Julio Barcos, Gregorio Bermann, Fernando Bustos, José Babini, Ismael Bordabehere, Julio Brandán, Enrique Barros, Alberto Baldrich, Angel Croce Mujica, Angel Caballero, Antonio Cetrángolo, Juan Carlos de la Vega, Carlos Dieulefait, Luis Di Filippo, Gabriel del Mazo, Luis González, Josué Gollan, Angel Guido, José Hurtado, José Katz, Jorge Lascano, Diego Luis Molinari, Fernando Márquez Miranda, José María Monner Sans, Francisco Malvicino, Jorge Mullor, Juan Mantovani, Oscar Morúa, Augusto Morisot, Jorge Orgaz, Hiram Pozzo, José Peco, Aníbal Ponce, Mario Ponisio, Cortés Plá, Deodoro Roca, Nicolás Romano, Nerio Rojas, Aristóbulo Rilla, Andrés Ringuelet, Sebastián Soler, José Sinland, Carlos Sánchez Viamonte, Florentino Sanguinetti, Gumersindo Sayago, Mariano Tissembaum, Saúl Taborda, Juan Manuel Villarreal, Leonidas Vidal Peña, Pedro Verde Tello, Guillermo Watson, Salomón Wapnir, Antonio Zamora".

(*Nosotros*. Buenos Aires)

LOS INTELECTUALES CHILENOS A LOS ESCRITORES E INTELECTUALES DE ESPAÑA Y AMERICA

Consideramos un deber nuestro, establecer la situación que nos corresponde frente a los sombríos y vergonzosos hechos ocurridos en el país chileno durante la última semana:

Imposición de un régimen de violencia y terror; cesación de las libertades individuales y colectivas, que culmina con la implantación de la Ley Marcial, por un período indefinido y que subordina la justicia pública a tribunales militares inapelables, facultados sin limitaciones, para juzgar sumariamente todo delito; persecución encarnizada de todos los que manifiestan sus ideas; extinción de la libertad de prensa y su obligatoria consecuencia: ignorancia, desorientación y ansiedad de los ciudadanos.

Creemos que un gobierno no puede abrogarse facultades de tan absoluto dominio sobre los derechos humanos, a menos que sea profundamente impopular, y, el hecho de que lo sea, con el agravante de contar con la tenaz hostilidad de las masas, lo incapacita moralmente para el desempeño de cualquier función representativa o ejecutiva.

No repugna a nuestros criterios, ninguna ideología política, ninguna doctrina, ninguna aspiración que quiera cristalizar anhelos evolutivos de la humanidad. Protestamos sí de que se pretenda excluir a la libre opinión de los hombres las orientaciones de estos problemas, despreciando y poniendo al margen las voluntades de examen.

Los abajo firmantes, grupo de intelectuales de diversas ideas políticas, queremos hacer llegar esta declaración a los intelectuales del extranjero, para que no se nos crea en complicidad con los abominables hechos ocurridos en nuestro país, y que nos llenan de vergüenza.

Firman: **Pablo Neruda, Marta Brunet, Mariano Latorre, Angel Cruchaga Santa María, Armando Donoso, Ismael Valdés Alfonso, Rafael Maluenda, Tomás Lago, Augusto Santelices, Domingo Melfi, Roberto Meza Fuentes, Rosamel del Valle, González Vera, Rubén Azócar, Julio Barrenechea, Juan Martínez, Pino Saavedra, Julio Ortiz de Zárate, Luis Enrique Délano, Ernesto Montenegro, Ricardo A. Latcham, Januario Espinoza, Carlos Prendez Saldías, Eugenio Orrego Vicuna.**

Santiago de Chile, 25 de junio de 1932.

Constanza

A sus manos celestes, santificadas por la muerte.

I

Llorando está mamá; sus triste ojos parecen un precioso manantial; sus lágrimas, mansamente caen sobre su negra falda de jerga, como las cuentas cristalinas de un rosario que se desengarzara.

Mamá llora casi todas las noches; envuelto en las sábanas, con la cabeza perdida entre las almohadas, escucho sus débiles gemidos y sus rezos temblorosos.

Nunca me contó su pena; cuando yo la descubrí, la pobrecita ya tenía los cabellos blancos.

II

Mamá es muy hacendosa: cuando no teje estambre, marca las sábanas orladas de encaje y los manteles con su lindo nombre de reina: **Constanza.**

Hoy acaba de bordar una manta de lino con hilaza encendida, y encantada —mostrando su dentadura incompleta por la creosota—ríe como una chiquilla, porque al dibujar las letras se le olvidó una "n".

Su pañuelo, pequeñito, es un copo de nieve en el duelo de su traje.

III

Mientras se peina mamá frente a un espejo roto y un rayito mañanero de sol entra por la ventana, dorando los átomos como una lluvia de oro, me dice con dulzura:

—Es domingo, y llevarás tu vestido de gala; vas a parecer una flor de durazno, o un príncipe de Gales.

Mi vestido es soberbio: es blanco y tiene una ancla de seda azul bordada en el pecho.

Después de misa, en el jardín, cuajado de aromas, en un rosal recortado, sin piedad queda un jirón de mi blusa como si fuese el nevado vellón de una oveja perdida.

Llego a casa con el índice metido en la boca.

Mamá, angustiada, murmura con voz cálida y ondulante:

—¿Ves? ¡El único que tienes!

IV

Si estuviera mamá junto a mí, ardorosamente le echaría mis brazos al cuello y lloraría sobre su corazón, como cuando era niño.

Me acuerdo que mamá, en las tardes de estío, se sentaba en el patio de la casa, junto al pozo, con un libro entre las manos que tenía infinitas estampas de colores; el pozo guardaba sobre el brocal un cántaro muy rojo que manaba claros hilos de agua; y sobre el tejado antiguo temblaba opulenta enredadera de flores encarnadas.

La sombra movediza de dos árboles cubría a mamá: la de un guayabo oloroso y la de un limonero puntuado de azahar.

Una tarde me mordió en la mano un gusano negro, y a mares brotaron lágrimas de mis ojos; mamá, asustada, tiró el libro y, corriendo, fué a consolarme; estoy oyendo su voz, cual un susurro:

—¡Ven, mi vida, pobrecito de ti!

V

Veo a mamá con mis ojos cerrados.

Está sentada junto al gran ventanal, que inunda la pieza de plácidos chorros de luz. Mamá es dueña de una egregia hermosura marchita; me cuentan que, antes que yo naciera, ella era una de las más preciadas joyas del pueblo, de un melancólico pueblo que está a la falda de una montaña azul. Ahora, ¡pobre mamá mía!, su corazón es refugio de mil pesares y tiene ya los largos cabellos grises.

La estoy viendo tejer en gancho; es una chambrita para algún niño sin padres; sus afiladas manos de marfil son como las de una infanta de leyenda que cardaran lino; sus ojos, plenos de ternura, están fijos en sus manos, y su boca, pequeña, como una flor desmayada, se mueve constantemente contando las puntadas.

Por la calle antigua pasa una carreta levantando una nube de polvo que dora el sol, y los bueyes tardíos van marcando con paso lento la monotonía de la hora.

A lo lejos se oye el martilleo en el yunque sonoro de una fragua perdida.

Mamá se levanta; tiene una esbeltez incomparable; el sol que entra por el ventanal baña todo su cuerpo aristocratizando su larga sombra.

Suspira llevándose al pecho las manos en movimiento lánguido, y quizá, acordándose de mí, amorosa, hierática, musita una bendición.

VI

Cuando en las noches de lluvia no viene Leandro, voy a echar al pesebre alfalfa fresca para los animales; atravieso el corral sin luz, lleno de charcas y de lodo; el mugir lúgubre de las vacas y la lumbre del patear de los caballos en las piedras, prenden desasosiego en mi corazón; todo lo hago con los ojos casi cerrados y cantando a media voz un coro de la escuela.

Entre las telarañas de los rincones también los grillos cantan.

Cuando regreso a la sala familiar, papá lee el periódico, mi tía Concha tal vez piensa muchas cosas y mamá, llena de amor, me besa en la frente.

VII

Leandro era el criado de confianza...

Me llevaba a la escuela, ordeñaba las vacas, cuidaba amorosamente de los becerros, ensillaba la yegua que montaba papá y limpiaba la espada, una sonora hoja de Toledo.

Yo acompañaba a Leandro cuando iba a las eras a traer el rebaño, y me contaba trágicas historias, mientras las ovejas mordiscaban la hierba y la luna argentaba los polvosos caminos.

Leandro era el hombre de **La Chemise** de Anatole France.

Siempre fué feliz, y cuando murió no tenía camisa; mamá, para que lo enterraran, dió una de papá, blanca, lustrosa, sin una mancha.

VIII

Papá, cuando los últimos rayos del sol besaban la montaña azul, en su yegua



Maternidad
Bronce por *Ricardo Musso*

Eres la madre de un niño...

Mamá, a los doce años es cuando he principiado a comprenderte. Te he comprendido, lo mismo que a nuestra ciudad y a nuestra casa, es decir, con muchas ideas interesadas, pero también con algunas independientes. A los doce años es cuando yo he comenzado a verte.

Mamá, tú eres muy pequeñita, llevas una cofia blanca, un corpiño negro y un delantal azul. Andas por nuestra casa, la arreglas, guisas y eres mamá. Te levantas muy de mañana para barrer, y después preparas la sopa, y después vienes a despertarme. Oigo tus pasos en la escalera. Es el día que llega con la escuela, y no estoy muy contento. Pero abres la puerta, y es mamá que viene con valor y bondad. Me besas, y yo paso los brazos en torno de tu cuello y te abrazo. Era el día acompañado de la escuela; ahora es el día que tú acompañas. Eres una divinidad buena que expulsa a la pereza. Entreabres la ventana, y el aire y el sol eres tú, y tú eres también la mañana y el trabajo. Estás aquí, en el manantial de mis actos, y tus gestos me dan mis primeros pensamientos y tu ternura me da mi primera felicidad.

Mamá: tengo doce años y empiezo a comprenderte. Te diferencio de las otras madres, como diferencio mi casa de las otras casas. Te vuelves una mujer particular, de la que yo conozco las costumbres, y entonces me doy cuenta de que tú eres mejor que las demás mujeres. Mamá, tú eres trabajadora. El trabajo de mi padre es el que nos da la vida, y tu trabajo consiste en ordenarla. El ruido de tu tarea es el ruido del tiempo que pasa cada día, con comidas, trabajo y reposo. Quieres que nada falte, y todo tu cuerpo, y tus manos, y tus ojos y tus piernas se ocupan en este cuidado, y yo siento que tú has hecho de ellos los servidores de nuestra vida y los ordenadores de nuestra alegría. Tienes la vaji-

(*Pasa a la página 87*)

tordilla me daba una vuelta por el dédalo triste de las calles del pueblo, y entretanto me contaba lindos cuentos al fulgor sonrosado, el céfiro jugaba con su barba de armiño.

Al llegar a casa, mamá me recibía en sus brazos:

—Hijo, vamos a rezar.

—Mamacita, tengo mucho sueño.

—Es que los niños no deben acostarse sin rezar.

—Mamacita...

Y me quedé dormido.

A medianoche desperté angustiado, sollozando; mi corazón era una esquila.

—¡Mamá, mamacita!

—¿Qué, mi cielo?

—Soñé a "Ojitos".

"Ojitos" era un hombre feo, era un enano desprendido de un aguafuerte de Goya: tenía la cabeza enorme, los ojos desiguales, la nariz imperceptible y la boca desdentada y babeante.

Mamá me acarició los cabellos, me bañó de besos y comenzó el conjuro:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

IX

Papá es un hombre virtuoso, liberal y sabio; tiene la tez sonrosada y unas largas manos de santo.

Su corbata es negra; su americana, negra; su pantalón, también negro; sólo su camisa es blanca y sus luengas barbas de armiño.

Me despierta muy temprano por la mañana, y me hace estudiar Gramática, Aritmética, Geografía...

—Los hombres deben saber mucho, y tú ya eres un hombre.

Luego, en su bufete, entre libros y montones de papeles, me dicta una, dos cartas, que siempre empiezan así: **Estimado señor:**

X

A veces, cuando yo jugaba en la calle al **coyote** o me encaramaba en las carretas cargadas de hierba fragante y mojada, salía papá con los lentes en la mano y me llamaba cariñosamente:

—Ven; los niños no deben ser vagabundos.

Y en la paz ambigua de su estudio me relataba dulcemente la vida ejemplar de un guerrero arrogante o la existencia florida y seráfica del limosnero de Asís.

Afuera, al rutilante embeleso de las estrellas, inquietos como una alegre parvada de gorriontes, mis pequeños camaradas jugaban a **los soldados.**

XI

La fiebre me tiene postrado; veo un gran montón de periódicos que crece y luego se hace pequeño.

Mi cuerpo está sembrado de llagas purulentas.

Mamá lleva diez, doce, quince días ¡qué sé yo!, sin pegar los ojos; siempre que despierto, agobiado por la calentura, de día o de noche, la contemplo reclinada en mis almohadas y me copio en sus pupilas dolientes.

Sus manos taumaturgas, leves como un tul, han exprimido todas mis viruelas. Cuando yo alivio, ella está demacrada como una muerta.

XII

Tal vez, porque mamá era demasiado talentosa y vehemente y porque no vivió su vida como ella soñaba haberla vivido, la fatalidad siempre bordó en el canevá de su existencia cardos punzantes y flores trémulas de loto.

Su corazón ardía en caridad y se derramaba en ternura; era sentimental, cordial y buena.

Desde que nací se tornó triste; su mayor alegría fué cuando mis manos pecadoras, llenas de fervor, cerraron sus ojos adorables, que habían llorado tanto.

XIII

Mauro Alfredo es pensativo y huraño como un hombre mayor; tiene la color cetrina y en sus ojos el fuego de la generosidad y del talento.

Es mi camarada entrañable; siempre, cuando el sol prende sus últimos rizos fulgurantes en la cresta de la montaña, nosotros jugamos en el arroyo.

Su madre, doña María Esther, que posee el gesto y la belleza de una gran señora, lo mima locamente y quiere adivinarle el pensamiento. Mauro Alfredo nunca pide nada.

—**Becus,** toma un confite.

Mauro Alfredo finge no escuchar, su madre ha comprendido.

—**Becus,** toma dos confites.

Mauro Alfredo va por los bombones y me da la mitad. Todo lo que tiene es para él y para mí.

XIV

Por telegrama de papá supe que mamá estaba enferma.

Hacía más de tres años que mis labios no besaban su frente mustia.

Mi viaje fué lleno de afán y con el corazón reventando de pena. Creí encontrarla muerta y la veía acariciada por el trémulo fulgor de los cirios llorosos.

Macilenta y temblorosa se incorporó entre los cojines, y al echarme los brazos al cuello débilmente, musitó una plegaria:

—¡Dios mío, ahora ya puedes llevarme!

Mis lágrimas, unas, se confundieron con el sudor helado de su frente, y otras anidaron en sus trenzas grises, mientras sus manos cadavéricas jugaban largamente con mis cabellos.

Un suspiro bondadoso, que fué para mí como una cadencia perfumada, rasgó su pecho.

XV

Sigue grave mamá, y a pesar de sus mortales dolencias no murmura una queja; sólo sus ojos tristes, cuajados de ternura, se empapan de cuando en cuando, y al verme lo hace intensamente y levanta su mano amorosa, que apenas sostiene un crucifijo, como esas manos sagradas de las santas bizantinas, y dibuja una dulce bendición sobre mi frente.

Me paso las horas a su lado recordando mi niñez y sus caricias.

La casa está igual: los mismos muebles en la sala amplia, los sillones cómodos, donde mamá tejía gancho y el abuelo leía el periódico, los cándidos cuadros místicos, los retratos severos de las abuelas, con su belleza antigua, y el Niño Jesús en su vitrina, con su túnica de terciopelo descolorido, recamada de flores doradas ennegrecidas por los años y bordadas por las litúrgicas manos de unas monjas capuchinas.

En el comedor, la vajilla incompleta; pero el lino de los manteles muy blanco, y en el interior, el corral, con su mugir de vacas, su aletear de palomas, su algarabía de gallinas y los cantos sonoros de sus gallos esmaltados.

XVI

El doctor dice que mamá no se alivia: la pobrecita sólo tiene alientos para destrenzar las pestañas.

Anoche dormí en la biblioteca; hace veinte años que los libros están en los mismos anaqueles. Con los ojos cerrados cogí el libro de estampas con que me divertía en la infancia, en las veladas de invierno, mientras el viento rimaba su elegía en las rendijas de las puertas y en los esqueletos de los árboles; al cerrar el libro vi pasar una sombra en los corredores mudos, a mi tía la abadesa, María de las Mercedes del Sagrado Corazón, desgranando oraciones y sonando las cuentas de su enorme rosario.

Luego, nada, ¡ah, sí!, el cantar de los grillos en la fuente, las luciérnagas palpitando silenciosas en lo obscuro, y en mi pobre corazón, la inquietud de aquella marquesa encantadora que me dió sus labios y sus guantes negros.

Y al rubio amanecer, el canto de las golondrinas y el madrigal perfumado de los capullos abiertos.

XVII

El cuarto está en penumbra y en rincones chisporrotean las llamas lívidas de los cirios benditos.

Las mujeres devotas y emocionadas lloran en silencio y murmuran rezos.

Con los ojos atónitos, mis hermanos y yo, en torno de la cama, temblamos de aflicción.

El sacerdote ha concedido todas las indulgencias y sólo se oye ya en la habitación el rumor escalofriante de las plegarias y el mover de un periódico agitado misteriosamente por un soplo de viento.

¡El alma se le escapa!

La agonía de la amada enferma tiene la suavidad de una paloma.

Alza la mano exangüe y nos bendice; después, quieta, como dormida...

Mis dedos amorosamente, dolorosamente, cierran sus ojos cansados.

Mis ojos no pueden derramar llanto, pero siento que me sangra el corazón.

XVIII

¡Madre mía!

¿En dónde estás?

Y en el azul apacible he visto florecer una nueva estrella pensativa.

Guillermo Jiménez

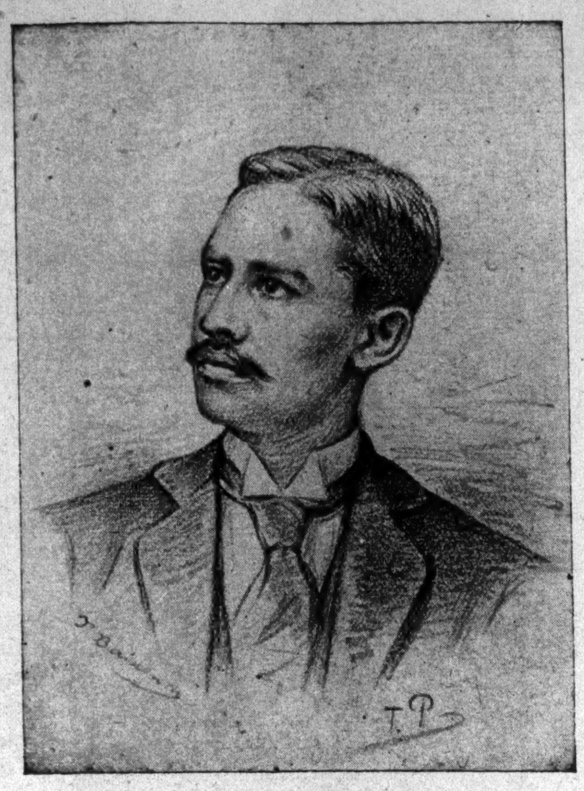
México, D. F., 1921

El entierro de Isaías Gamboa

= Envío del autor =

José Santos Chocano me dió la noticia, Isaías Gamboa había muerto tísico en un hospital del Callao. Acababa yo de llegar al Perú y no sabía que Isaías estuviese allí. Habíamos sido muy buenos amigos en El Salvador, ocho o nueve años antes, cuando el gran público lo admiraba ya por **La sonrisa del retrato** y por su traducción de **El Cuervo** de Poe. En nuestras horas frecuentes de juvenil intimidad aprendí a amar ante todo su alma delicada y triste, al hombre nacido para la desgracia. Uno de aquellos hombres para quienes el amor es todo en la vida, y que por el tímido refinamiento de su espíritu no logran alcanzarlo. Maestro de escuela, poeta—y en fe de ello pobre y sin atrevimientos.—Un soñador, según la fórmula corriente; es decir, alguien que marcha por el mundo sin zapatos de doble suela y sin fijarse en las piedras del camino.

Chocano, que según la leyenda es un ente de razón que no se conmueve, como si la poesía se crease al modo que se filtra un preparado farmacéutico, me contó intensamente emocionado el acto final de la tragedia. Isaías, que se había refugiado en Chile al amparo de su calidad de pedagogo para poder seguir cantando como poeta, se dió cuenta de que se moría, y quiso volver al Cauca donde había nacido. En el Callao lo desembarcaron, para no echar su cadáver al mar dos o tres días después. Y allí murió en un hospital, simple ficha de un registro que ocupa una cama, diariamente reclamada por otros anónimos moribundos.



Isaías Gamboa
Dibujo de *Povedano*

De Lima fuimos Chocano y yo a su entierro. En el Perú, país de leyendas, existe la de que en la faja costeña no llueve. El que no llueve es puntillo de honor, como en Costa Rica la bondad máxima de nuestro clima y la belleza insuperable de nuestras mujeres y del Teatro Nacional. Un paraguas o un impermeable asume las proporciones de un insulto a la nación.

Llovía,—y que el Perú me perdone el sacrilegio.—No el agua de la zona tórrida, que cae a borbotones como golpes de hombre enfurecido. Una lluvia menuda e insidiosa, al modo de venganza de mujer que se solaza en la idea de matar a alfilerazos al hombre que la quiere y a quien ella no ama.

Me es imposible precisar, a través de tantos años de distancia, los detalles del cortejo. En mi memoria no ha quedado sino la imagen de un mezquino coche de muertos todo obscuro, y José Santos Chocano y yo que, empapados y sin cruzar palabra, seguíamos la lenta trayectoria de sus ruedas. Luego un hoyo cuadrangular, a cuyo fondo manos encallecidas por la indiferencia del oficio cotidianamente practicado bajan un ataúd negro; unas paletadas de tierra para que la uniformidad del suelo del cementerio se restablezca; y Chocano y yo de regreso a Lima, satisfechos de comprobar que la vida continúa su curso desdeñoso, a pesar de la muerte de un poeta y de que está lloviendo en el país donde no llueve.

Ernesto Martin

Costa Rica, 1932.

Eres la madre de un niño...

(*Viene de la página 85*)

lla, el arreglo de la casa, la cocina y el pozo lleno de agua, que tú sacas, y la escoba y la lejía. Y los recados al tendero, al panadero y a todos los vendedores. Y el repaso y confección de la ropa. Son trabajos sencillos que se extienden delante de tu vida y que ejecutas sin cesar. Después de cada uno, miras al siguiente y vas a donde te conduce, dócil y serena. Franqueas el tiempo y nunca tienes las manos vacías.

Y yo te veo, mamá, te veo, con tu frente de mujer buena que encierra algunos pensamientos, con tus ojos de ama de casa que no miran más lejos de su hogar, y con tus labios de madre, inquietos y dulces. Te veo con tus mejillas tiernas, donde se hunden mis besos. Veo tus manos, un poco rugosas, que la vida ha frotado con todos sus trabajos. Y tu cofia que rodea tu rostro y limita su contorno, como tus sentimientos rodean tu vida y limitan tus acciones. Por la tarde, te arreglas un poco y te pones una cofia adornada. Yo prefiero aquella que tiene una cinta de terciopelo negro. Estás sentada, muy limpita, y formas parte de la habitación, y como ella parece que brillas. Así es como yo te quiero. No eres bella como una mujer, pues tú eres mamá.

Mamá: cuando estás sentada delante de la ventana, coses y piensas. Yo sé bien lo que piensas. Tus pensamientos se parecen a una avenida de grandes tilos, siempre llena de sombra, y tú te paseas por ella respirando. Te paseas, porque el día es gris, porque tu alma es tranquila, y porque a una alma serena no le gustan los cambios. Piensas en la camisa que estás cosiendo, en un chaleco, en un pantalón y en la sopa de la tarde. Piensas: "A las cinco tendré que cortar el pan para la sopa". Escuchas a mi padre, que hace zuecos, y charlas, porque charlar es bueno. La calle entra en tu pensamiento, con sus gallinas y con sus viandantes. Las gallinas hacen compañía a los que están solos, y los transeuntes les dan emociones. Piensas en ayer, en hoy, en mañana, y en el tiempo que pasa y atraviesa los sucesos sin que uno se dé cuenta.

Pero sobre todo piensas en mí. Tus otros pensamientos, son los pensamientos de todas las mujeres que continúan viviendo sin saber por qué, sencillamente porque han empezado. Y cuando piensas en mí, mamá, tu vida es una cosa necesaria. Quieres vivir, no tanto para verme crecer como para ayudarme a ello. Tu corazón está lleno de fuerzas, y quieres emplearlas todas. Tu corazón, es hermoso como un monasterio, donde todos los monjes de rodillas, se unen para enviar a Dios el pensamiento de cada uno y para decirle que es el bien amado de los hombres. Me amas como el fin único de todas las cosas. Soy un depósito que la naturaleza te ha confiado, diciéndote: "Mujer, te he dado un hijo, al cual enseñarás mis leyes; le he depositado en tu seno, porque soy buena y para que le enseñes a conocerme". Y entonces mamá, ya no eres una buena mujer que cose y que piensa: eres la madre de un niño de doce años, y te recoges y trabajas para la humanidad, tú, madre, que preparas un hombre.

Charles Louis Philippe

(De *La Madre y el Niño*. Publicaciones ATENEA. Madrid. 1920).

Canciones de los indios de la tribu Osage, de Norte América

= Versiones y envío de *Salomón de la Selva* =

1

Está por salir a la luz del día,
tocadle con manos suaves.

Está por salir a la luz del día,
y se volverá del uno al otro lado.

Está por salir a la luz del día,
soltadle la cuerda de la boca.

Está por salir a la luz del día,
abridle como capullo de flor la boca.

Está por salir a la luz del día,
abridle ancha la boca.

Está por salir a la luz del día,
dejadle pasar y que sea nacido.

Está por salir a la luz del día,
tomadle con manos suaves.

2

He aquí que ya es día: Prended el fuego.
Que el día ya vino: Prended el fuego.

He aquí, despertad y sentaos.
Despertad, despertad y sentaos.

He aquí, moveos y alistaos,
moveos y alistaos.

He aquí, poneos en marcha, continuad el viaje,
poneos en marcha.

3

El dios del día, al acercarse,
da al cielo con un brillo de rojo brillante:
Ese brillo será para la pintura del cuerpo de los
pequeños.

El dios del día, el que está asentado en los cielos,
el que no deja nunca de comparecer al comienzo del día,
echa del costado izquierdo de su cuerpo
un fiero brillo carmín.

En verdad que el dios que enrojece los cielos al acercarse
será el color sagrado que los pequeños tomen al partir en la jornada
de la vida.

Al dios del día que tiene su asiento en los cielos.
al dios que aparece nuevo cada día,
los pequeños lo harán el emblema de su vida.

4

Dícese que debo salir al mundo visible:
Mi cabeza será lo primero que saque.

Dícese que debo salir al mundo de los ojos:
Luego sacaré los brazos.

Dícese que he de salir al mundo de los que ven:
Enseguida sacaré el cuerpo.

Dícese que he de salir al mundo de la vista:
También sacaré las piernas.

Dícese que de salir a que me vean:
Lo último que sacaré serán los pies.

5

Alto por encima de la tierra extiendo mis alas
y vuelo sobre estas tierras anchurosas,
Ah ti-ti, ji-ti,
que vuelo sobre estas tierras anchurosas:
Alto por encima de la tierra extiendo mis alas
revolando sobre estas tierras anchurosas.

6

Ve, tú, y pasa por el tiempo de la angustia
para volver, quizás, a la primera noche.

Ve, tú, y pasa por el tiempo de la angustia
para volver, tal vez, a la segunda noche.

Ve, tú, y pasa por el tiempo de la angustia
quizás para volver a la tercera noche.

Ve, tú, y pasa por el tiempo de la angustia
tal vez para volver a la cuarta noche.

Ve, tú, y pasa por el tiempo de la angustia
para volver una noche, de seguro una noche,
quizás, tal vez,
cuando el número de tus días esté sumado.

7

Ya eres de los nuestros, ya eres de nosotros:
ponte los símbolos sagrados de tierra azul.

Ponte en el cabello el símbolo sagrado,
ya eres de los nuestros.



Becerro Juguetón

Ponte en el rostro la línea ondulante,
ya eres de nosotros.

Ponte en el liso cabello el símbolo sagrado,
ya eres de nosotros, de los nuestros.

Ponte en el rostro la línea recta,
ponte en el cabello el suave plumón blanco,
el símbolo sagrado.

8

He aquí, mirad, que me adornan los símbolos
sagrados,
los emblemas hechos de barro azul de la tierra.

He aquí, mirad, que en la cabeza me he puesto
el barro sagrado de la sagrada tierra.

He aquí, mirad, que me adornan la línea ondulante
y la recta, y vellón blanco, los emblemas sagrados.

9

Fin a los ritos: Ya marcho en contra del enemigo.
Llevo en las manos la pipa mística, y marcho.

Fin a los ritos: Ya marcho en contra del enemigo.
Llevo en las manos la maza mística, y marcho.

Fin a los ritos: Ya voy en contra del enemigo.
Llevo en las manos la cuchilla mística, y ya voy.

Fin a los ritos: Ya voy en contra del enemigo.
Llevo en las manos el cráneo místico, y ya voy.

Fin a los ritos: Marcho en contra del enemigo
llevando en las manos el arco y las flechas.

Llevando en las manos los estandartes, marcho.
Fin a los ritos: Ya llevo los símbolos del botín.

10

Mira, que vengo a traerte la muerte:
Los hombres sagrados se juntaron y me dieron
la pipa.

Mira, que vengo a hacer que mueras:
Los hombres sagrados se juntaron y me dieron la maza.

Se juntaron y me dieron el cráneo,
se juntaron y me dieron el arco y las flechas,
se juntaron y me dieron la cuchilla.

Mira, que vengo a traerte la muerte, a hacer que mueras:
Los hombres sagrados se juntaron y me dieron los estandartes,
se juntaron y me dieron los símbolos del botín.

11

Frecuentemente, en mis viajes, llego al país de los espíritus.
Al acercarse el día, viajo y llego al país de los espíritus.

Frecuentemente, en mis viajes, llego al país de los espíritus.
Al descender el día, viajo y llego al país de los espíritus.

Frecuentemente, en mis viajes, llego al país de los espíritus.
Cuando sueño, viajo y llego al país de los espíritus.

Frecuentemente, en mis viajes, llego al país de los espíritus.
Como espíritu viajo y llego al país de los espíritus.

12

Ved, ved! La huella de mis pasos está ya en el sendero místico,
en el sendero de espíritus que eternamente tenemos delante.
En verdad que mis huellas ya están en el sendero,
las huellas de mis pasos, en el sendero místico.

13

Pesar me llena el corazón al acercarme a los hombres sagrados,
a los hombres del Aguila Sagrada.

Pesar al acercarme a los del Aguila Roja.

Pesar al acercarme a los del Aguila Radiante.

Pesar al acercarme a los del Aguila Pequeña.

14

Voy a saber si prosigo,
a saber, del sol, si sigo adelante.

Voy a saber si prosigo
a hacer que el enemigo enrojezca la tierra.

A saber si sigo adelante
a hacer que el enemigo ennegrezca la tierra.

Voy a saber, del sol,
si hago parda la tierra con los cadáveres del
enemigo.

A saber si prosigo
a que el enemigo con sus cadáveres se derrame
en la tierra.

A que el enemigo con sus huesos se quede blanco
en la tierra.

A que el enemigo igual que sus cabellos se vaya
en el viento de la tierra.

Becerro Juguetón, que es lo que en su idioma significa el nombre de este jefe indio de la tribu Osage, y a quien los norteamericanos anglosajones llaman, por error de interpretación, Saucy Calf. *Esta tribu habita en el estado de Oklahoma. Becerro Juguetón murió en febrero del 1912, a una edad de largos días, pero antes, en el curso de bella amistad con Mr. Francis La Flesche, vació su corazón y su memoria sobre el dictáfono, de manera qne conservamos, en su voz, las canciones rituales de su gente. Esas canciones y su música, y las ceremonias de que forman parte, son el tema del valiosísimo estudio de Mr. La Flesche que publica el Bureau of American Ethnology en su* **Forty fifth Annual Report** *(1927-1928), Smithsonian Institution, Washington, D. C., 1930. Páginas 523 a 833.*

Mutis en el Ateneo Científico Literario de Madrid

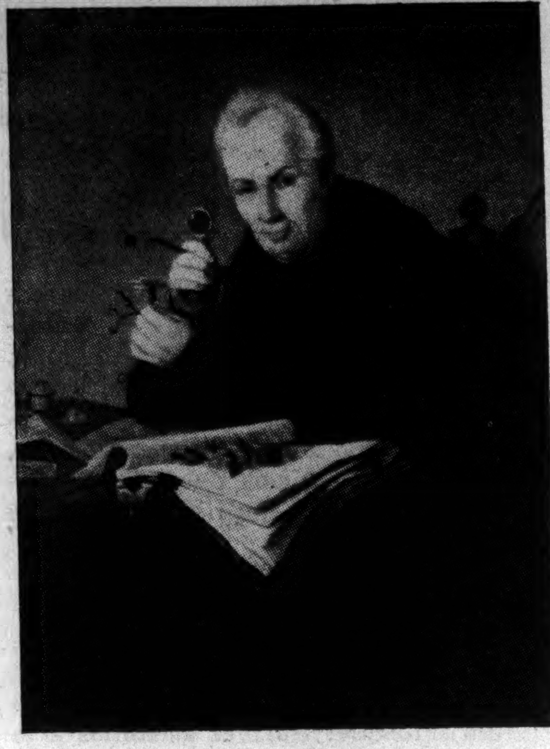
= De *Revista de las Españas*. Madrid.—Discurso de *Jorge Zalamea*, de la Legación de Colombia en España, en la sesión con que el 11 de abril de 1932, honró la memoria de *Mutis* la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid =

Estudiando la vida del hombre incomparable en cuyo recuerdo nos unimos hoy, tópase uno con una carta del gran Linneo dirigida "Al varón amicísimo, suavísimo y candidísimo José Celestino Mutis", al que también califica a poco trecho de solidísimo y agudísimo. Realmente, ningún documento realiza en nosotros de tan cabal manera como éste la representación espiritual del gaditano. Gracias a Linneo lo vemos memorioso de corazón, sosegado en el vivir, horro de malicia, poderoso en la sabiduría y astuto en el contemplar y comprender. La escasa iconografía de Mutis, no obstante ser algo desafortunada, nos le muestra también suave en extremo y hasta blando.

¿Hasta qué punto este hombre, saturado de candor y suavidad, colmó su propia medida, su medida humana? ¿Hasta qué punto realizó el repertorio de posibilidades que al nacer le hacían deudor de sí mismo y de los hombres sus semejantes? La contestación escueta a estas preguntas nos dará la cifra exacta de su valor personal y de su significación hispánica.

He aquí lo que fué Mutis: médico, catedrático, explorador, botánico, químico, farmacólogo, astrónomo, filólogo, matemático, teólogo, tratadista, escritor, mineralogista, zoólogo. Pero no de cualquire manera, no a modo de **dilettanti**, sino con una severidad y método, con una eficacia y rectitud, con una minuciosidad en el estudio y una amplitud en la visión de las relaciones que unen inextricablemente a las criaturas de la Naturaleza, que hacen de él un caso ejemplar de hombre de ciencia. Para no robar con vana palabrería elocuencia al discurso de su vida y atendiendo a cierto excelente consejo stendhaliano, he aquí detalles exactos:

Como botánico, descubre el té de Bogotá, la cusparia, el bálsamo de Tolú, el guaco, la ipecacuana, el canelo de Santa Fe, la nuez moscada, el bálsamo del Perú y hasta 122 especies de quinas; como farmacólogo, estudia el empleo, la dosificación y las formas farmacéuticas de las plantas por él y otros descubiertas; como médico, utiliza las fórmulas farmacológicas que él mismo lograra; como astrónomo, construye y dirige el Observatorio Astronómico de Bogotá; como maestro, crea el más noble y árdido grupo de investigadores que haya tenido nuestra América, a la par que uno de los grupos más puros de liberalismo, de amor patrio y de dignidad humana; como filólogo, estudia las lenguas chibcha, sáliba, achagua y muisca. Escribe el **Arcano de la Quina**, un **Diario de Observaciones**, más de cincuenta tratados o informes sobre las materias más diversas; planea y comienza su **Flora de Bogotá**, que habría de llenar trece grandes tomos, y mantiene una de las más copiosas y significativas correspondencias científicas de su época. Más detalles aún: la expedición botánica neogranadina, de la que es alma y cerebro Mutis, no obstante haber quedado incompleta, proporciona a la ciencia el siguiente material:



José Celestino Mutis

Seis mil setecientos diez y siete láminas reproduciendo buena parte de la flora de Nueva Granada.

Un herbario con 20.000 plantas acompañadas de sus fichas correspondientes (hoy perdidas).

Cuatro mil folios manuscritos.

Ciento cinco cajones conteniendo minerales y fósiles.

Y aun tiene Mutis tiempo y energía para estudiar teología, ensayar métodos nuevos para la perfecta higienización de los cementerios, avanzar en el estudio de la vacuna antivariólica, ir a las minas, clasificar y estudiar los minerales, tratar de los métodos de producción, administrar los sacramentos e instruir a sus feligreses, modificar el empaque de las quinas para que no sufra su calidad en la travesía oceánica, vigilar a sus dibujantes, enseñar a sus discípulos y llevar al céntimo las cuentas de la gran expedición.

Así lo creó la raza y así se dió cumplida satisfacción a sí mismo. Y tales eran los hombres que España daba a sus Américas para que fuesen formándoles un alma y un espíritu lo suficientemente templados para sostener un imperio que no debió desmembrarse nunca, sino vivir en comunión constante de Repúblicas, libres para la acción política y comercial, pero siempre sometidas al dulcísimo y nobilísimo yugo de la cultura y del destino histórico de España.

Por eso, Mutis, antes que sabio ilustre, paréceme gran capitán de nuestro imperio. La conquista que él hace de América no tiene nada que envidiar, y sí algo que enseñar, a la de los Cortés y Pizarro, a la de los emigrantes de ayer y de hoy, que fueron y van a América a cosa distinta de la que fuera Mutis.

Como yo he sido, soy y seré de los que sueñan con ver restablecido en nuestra América el imperio de la cultura española; como yo he sufrido el desconcierto espiritual que significa para todos los jóvenes americanos el encontrarse ante la vida llevando por todo bagaje un baño superficial de cultura francesa o un artificioso armazón de preceptos saxoamericanos; como al vivir en España y aferrarme a ella me he sentido reintegrado en cierto modo a mi propia matriz original, curándome de aquella desazón e interior descontento con que me movía antes por el mundo de la cultura, y como he visto en mi América que otras culturas vienen invadiendo desde hace años lo que sólo a España y a nosotros toca, créome asistido por el derecho y acuciado por el deber de haceros notar ahora que ya España no tiene varones amigos, suaves, cándidos, sólidos y agudos que quieran ir a América a conocerla, amarla y atraerla de nuevo a su imperio.

Concediendo a España y América un margen de treinta años, de tres generaciones, para curar las heridas y aplacar los rencores que suscitaran las guerras de independencia, nos encontramos ante el hecho gravísimo de que de 1860 a 1930, durante setenta años, España ha hecho una dejación de su poder espiritual en América. Las consecuencias de esta dejación de poder son incalculables para España, para América y para el mundo todo. Y cuanto más incalculables son las consecuencia, tanto más tremenda es la responsabilidad para quienes quisieron que España viviese de espaldas a América, a su América.

Pero hoy, viviendo en la atmósfera serena y considerando la solidez, la agudeza, la amistad, la suavidad y el candor de Mutis; midiendo su capacidad productiva, viéndole nacer español en España, viéndole morir colombiano en Colombia, viéndole vivir como cumple a un iberoamericano del imperio y habiendo tenido yo la suerte de vivir en contacto con esta España nueva de hoy, profunda y viva, original y apasionada, diversa y fecunda, un tanto desenfrenada y caótica, como conviene a todo ser en trance de creación, hoy tengo el convencimiento absoluto de que España, dejando ya de frustrarse a sí misma, habrá de encararse con su destino intransferible, y entonces será hora de que se reanude el interrumpido diálogo de la lengua.

En esta nueva posición de España, que yo anhelo y preveo, Mutis es un guión, una pauta. Esa fidelidad a su yo, esa voluntad de realizarse a sí mismo, esa productividad inagotable, ese concepto de la vida como servicio es lo que hace a Mutis incomparable y lo que le autoriza a presentarse como modelo a los españoles que quieran encargarse hoy de reali-

zar el destino histórico de nuestra cultura.

Mutis, el gaditano, doctor ya en Medicina y encargado de la cátedra de Anatomía en la Universidad de Madrid, hubiese podido quedarse en su patria reemplazando su yo verdadero con una personalidad adventicia. Pero no era él de los que caricaturizan su propio destino, de los que soportan vivir albergando en su interior sólo una sombra de sí mismo. Y por eso, por veridicidad, por fidelidad a sí mismo, se marchó a la conquista de América. ¡Y qué conquista! Como si hubiese adoptado por divisa aquellas palabras, tan hermosos como profundas, de Vinci: "Quien más sabe, más ama", Mutis se dedica a aprender América para llegarla a amar con la ardentía y la ternura con que la amó, ardentía y ternura que le llevaron hasta desear y disponer que no fuesen otras que la tierra y la cal de Colombia las que consumiesen su carne y calcinasen sus huesos.

Después de conocerla y amarla, Mutis utiliza a América, la hace beneficiosa y servicial, la incorpora a ese divino comercio en que las especies negociadas significan salud, ciencia, progreso y cultura. Vierte el contenido de América sobre el mundo, le abre más ricas venas para la transfusión de sus riquezas, le da una realidad nueva ante Europa. Poseedor ya de la parte de América que a él correspondía, dispone de ella con una generosidad sin término ni fatiga, como generosidad española que era. Linneo, Bompland, Humboldt, Pavón, Ruiz Cabanillas y media docena más de sabios de su época reciben de él alimento sano y copioso. Y a través de ellos, España, Alemania, Francia, Suecia, el mundo entero, gozan los beneficios de la América por él descubierta y conquistada. Pero como es hombre verídico y justo, se plantea inmediatamente el problema de la retribución. Tanto tomé y di de América, tanto debo darle. Si ávido fué en el tomar, en el restituir es pródigo. Saldadas las cuentas, Colombia resulta deudora de Mutis. Ante todo le crea hombres, es decir, le da conciendia de sí misma. En torno suyo cierran corro los espíritus más frescos, penetrantes, puros y apasionados de Nueva Granada. Hijos espirituales suyos son Caldas, Zea, Lozano, Valenzuela, quienes, a su vez, y gracias al temple moral y al libre espíritu que les infundiera el gaditano, habrían de ser poco después padres y parteadores de la Colombia bolivariana. Donde aprendió, enseña; ya sabemos que inició en Colombia los estudios de matemáticas y astronomía, descubrió y educó hombres de ciencia, dibujantes y pintores; puso cátedra de Medicina e higiene, reformó los métodos de la explotación minera y enseñó a conocer y estudiar los minerales.

La moralidad de esta vida me parece realmente incomparable y ejemplar. Toda ella rebosa verdad y justicia, sabiduría y bondad, generosidad y honradez. Pocas veces se ha visto en acción un sentido más noble y estricto de lo que debe ser el colonizador en sus relaciones con el indígena, de lo que toca hacer a una cultura secular al ponerse en contacto con un pueblo nuevo. Tomar dando, beneficiándose instruyendo, aprender curando, obrar siempre dentro de un limpio juego de cambios y compensaciones, del que sólo beneficios pueden salir para las dos partes empeñadas en justa tan generosa.

En el regocijo inefable que me produce el considerar esta vida, sólo me turba el pensar que podamos olvidar o descuidar su enseñanza. Los tiempos se muestran duros y hostiles para con la cultura universal; tal vez asistimos a la agonía de una civilización y al nacimiento de nuevas y más vastas estructuras políticas y sociales. Europa da muestras de no poder soportar ya las llagas interiores que le causa el nacionalismo; todo parece tender a fundirse dentro de moldes de amplitud insospechada. Buscando alivio para el viejo mundo se ensayan todos los extremos, se aplican todas las teorías, se mira hacia Oriente o hacia Norteamérica, y cada vez se señala con más insistencia a Africa como tierra de promisión, y todos callan a nuestra América, después de mostrarla durante cuatro siglos como granero y paraíso del mundo. ¿Por qué este silenciar a América tras la algarabía y rebullicio de las centurias pasadas?

Hace algunos años tropecéme casualmente con una frase del gran europeo que fué Rathenau, que me obligó a modificar en casi su totalidad mi concepto de América. El polítco místico afirmaba: "Por no haber consentido al sufrimiento y al pecado, América aun no tiene alma". Este pecado y dolor no consentidos por América son los de la sabiduría, astuta como la serpiente y blanda como la paloma, pecado y dolor prometeicos de la cultura. Por carecer de verdadera cultura, nuestra América se le presenta a Europa como un simple cuerpo geográfico, como una masa inerte, cuando no agitada en convulsiones que el viejo mundo ni atiende ni entiende. Y América no tiene cultura, América no tiene alma, porque España la abandonó en el momento crítico de su vida, en el momento de la emancipación del solar paterno. Desde entonces, nuestra América alimenta su espíritu ávido de sobras de cultura: ayer francesa, hoy saxoamericana, mañana inglesa, después, acaso, alemana, italiana o rusa. Y así anda nuestra pobre América, tambaleante, desaforada, caótica, sin encontrarse nunca, sin verse nunca, sin sentirse nunca verdadera, sostenida apenas por el báculo recio e inquebrantable del idioma. Y aun éste se ve cada día más amenazado e indefenso por falta de la protección y la colaboración paterna.

A la angustia de América responde la de España, aunque por distinto modo. Empeñada en recrearse, en ocupar de nuevo el lugar que le corresponde en el mundo, en recuperar su propia vida, antes falsificada, se encuentra hoy España ante una Europa que la malcomprende o ignora. Y dentro de sí misma, tiene confusionistas que pretenden enrolarla en facciones a ella ajenas y señalarle metas—Roma o Moscú—que sólo podrían frustrarla y falsificarla de nuevo.

Pero la verdad de España, el destino de España no puede ser distinto a ella misma; esa verdad y ese destino es su carne, su descendencia, es decir, América.

Al reunirnos hoy a considerar los misterios gozosos y gloriosos del español verídico y justo que fué José Celestino Mutis, yo no puedo desear cosa distinta a ver celebrado en plazo breve el regreso del padre pródigo. Cuando España vuelva a su América en función de cultura, de maestría, de amor, las tierras nuestras le sacrificarán sus ganados más lustrosos y sus frutos más suculentos.

Jorge Zalamea

PERSIFLAGE

La leyenda de Icaro

= *Colaboración directa* =

Para don *José Santos Chocano*, gran poeta, con admiración y comprensión y cariño.

Se ha torcido por completo, se ha invertido enteramente,—con lo que se la ha desvirtuado,—la lección moral que la leyenda de Icaro pudiera y debiera tener. Especialmente en nuestros días, el afán aviador que hemos cogido—como se coge una influenza—nos hace ver en Icaro un héroe, un santo, un mártir del progreso humano. ¡Icaro! Sugestionada por la literatura tergiversadora del terrible mito antiguo, la esclavilla griega que me oía lecciones de literatura en Heredia me dijo alguna vez que el esdrújulo le sugería un grito de valentía indómita y un lamento a la vez. ¡Icaro! Quizás le haya sugerido lo mismo a Philippe Desportes, por lo que escribiría el célebre soneto que Auguste Dorchain ha popularizado en su selección de las cien mejores poesías líricas de la lengua francesa. Da ganas de ponerse uno a averiguar cuándo y cómo comienza Icaro a ennoblecerse. La cuestión no intriga a nadie. A mí, sí. Como me intriga saber cuándo, y con qué pintor o escultor, la herida del costado de los Cristos se pasó del derecho al lado izquierdo. Lugar común es ya decir que los poetas franceses del siglo dieciséis, desde Marot hasta Malherbe, **allowed their erudition to impinge upon their poetry**, como asevera Lytton Strachey ¿Será enteramente justa la aseveración? Ahí está Desportes, entre Du Bellay y Malherbe,—contemporáneo joven de Ronsard, nacido en Chartres en el 1546, esto es, al año de muerto Marot, y fallecido en octubre del 1606, el año mismo en que nacía Corneille,—poeta, por consiguiente, de la plenitud del Renacimiento, pero tan sin apego ciego a los clásicos y tan libre para jugar con la erudición, que Icaro sale de sus manos.

Laissant tous braves coeurs de sa chute envieux,

siendo que ni Virgilio ni Ovidio ni Hygino ni, en fin, ninguno de los antiguos da margen ni pie para otra cosa que juzgar a Icaro un chicuelo imprudente —**ignarus,** necio, lo llama Ovidio—cuando no prófugo atrevido, merecidamente castigado por la comisión de crímenes horrendos. Apolodoro de Atenas va más allá, y reclama para su ciudad al padre, a Dédalo famoso, pero al hijo le niega ciudadanía ateniense, y se toma trabajo para hacernos creer que Icaro fue nacido en Creta y de una esclava a quien llama Nausícrata. Conocemos de sobra el afán de los antiguos de apropiarse cada pueblo a cuanto grande hombre, a cuanto héroe o divinidad podía, y es seguro que el empeño especial de Apolodoro, en hacer aparecer a Icaro como no habiendo ni siquiera pisado jamás el suelo santo de Atenas, obedecía al ningún honor que Icaro podía reflejar sobre la amada ciudad. Todo lo cual Desportes hace a un lado alegremente, importándole un higo la erudición, fiel sólo a su poesía. Strachey no menciona, ni de paso, a este poeta. Decididamente, el inglés es el animal económico por excelencia. Es interesante saber que J. M. Keynes era del círculo íntimo de Strachey. Strachey omite toda mención de Desportes, por **thrift** de la que conocía Hamlet. **Landmarks in French Literature**—ensayo admirable, libro deleitoso: Me atrevería a decir que el mejor resumen de historia de la literatura francesa—sin esa economía hubiera sido obra interminable. Strachey hubiera tenido, sin duda, que decir lo mucho que los poetas ingleses le debían a Desportes. Hubiera tenido, quizás, que mencionar a muchos otros. Las cuentas y el cuento hubieran sido cosa de nunca acabar.

Il mourut dice, de Icaro, Desportes:

Il mourut poursuivant une haute aventure;
Le ciel fut son désir, la mer sa sepulture;
Est-il plus beau dessein, ou plus riche tombeau?

La leyenda queda vuelta al revés. Enderecémosla. Fue Icaro hijo de Dédalo—ciudadano ilustre de Atenas—y cómplice de su padre en diversas fechorías innobles. Dédalo poseía méritos indiscutibles. Era mecánico notable. Era excelso santero, tallador, esto es, de imágenes en madera que los griegos llamaban **xoana.** Era arquitecto célebre. Dícese que inventó la cuña, el nivel, el plomo, el hacha, las velas de los barcos. Se afirma que él el primero les abrió los ojos a las estatuas y les separó los brazos y las piernas, dándoles gesto, apariencia y actitudes de vida que antes jamás habían tenido. Cien templos mostraban con orgullo, en la época histórica, **xoana** que se decían suyas. Numerosas leyendas atestiguan la habilidad del escultor: Cuéntase que a sus estatuas había que amarrarlas para que no se fueran andando. En Creta construyó el Laberinto. Hizo allí también, para las hijas de Minos y Pasifae, un **choros** o terraza para las danzas, de mármol finamente tallado y pulido, obra celebrada en la **Iliada,** en la descripción del escudo que Hefaestos le hizo a Aquiles,—y que el arqueólogo Evans cree haber descubierto en el palacio minoano de Cnosos. En Sicilia, Dédalo, entre muchas otras construcciones, levantó las murallas de Agrigento. Hay que esperar hasta el Renacimiento, y hay que ir a Italia entonces, para encontrar otro tipo de su talla. Dédalo tenía una hermana, Perdix, y Perdix un hijo, Talos, noble joven, aprendiz, junto con Icaro, en los talleres de Dédalo. Un día Talos se encontró la filosa dentadura recia de una sierpe—o la dorsal de un pescado, como dice Ovidio—e inventó la sierra, y por razón de esta invención y de la del compás, la fama, que todo lo exagera, lo mismo lo bueno que lo malo, y que es fácil profetisa, corrió de boca en boca anunciando que el sobrino superaría al tío y que lo que era al primo hermano lo aventajaba como el sol a la luna. Dédalo ya no tuvo más descanso de noche, ni, de día, satisfacción ninguna. Sería entonces cuando hizo las estatuillas feas dedalianas que conoció Platón y de las que decía el filósofo que quien ahora las hiciese sería objeto de ridículo y declarado torpe. Mayor aún fue el descontento de Icaro y la descomposición, pues pretendía heredar íntegro el renombre de su padre: Se le pusieron los ojos con oscuras ojeras y se le amargaron con sabor de hiel las comisuras de la boca. La envidia acabó por enloquecer al padre y al hijo, y en su pecaminosa demencia Dédalo e Icaro—pero Icaro fue el instigador del crimen—asesinaron a Talos, arrojándolo desde lo alto de la Acrópolis, donde estaba el templo de Atenas, al fondo de un despeñadero. El dolor de Perdix es de los más penetrantes y bellos dolores de la literatura. Dícese que se ahorcó de pesar (1).

Aquí luego hay dos versiones. Hay la de quienes quieren que el Areópago expulsó a Dédalo y a Icaro. Yo me inclino a darles fe a los otros, a los que afirman que, perseguidos por las inexorables furias, los asesinos huyeron de noche y una mañana de sol llegaron a Creta. Allí reinaba entonces Minos II, hijo de Lycastes y nieto de Minos I, padre de las leyes este último y juez probo de las almas. Por consiguiente, Minos II era biznieto de Zeus y de la ninfa aquella por quien el Cronida asumió forma de toro. Minos II acogió a los culpables, y colmó con ello su propia medida de pecado. Ya antes habían incurrido en la ira de Poseidón, faltándole a convenio hecho de sacrificarle un bello toro blanco,—un toro de noble frente ancha, de menudos cuernos, potente y bramador como el que Max Jiménez tiene de semental en su granja de San Isidro de Coronado,—toro sobrenatural que el propio dios le había entregado sacándolo de la entraña de una ola. Minos no había querido, por codicia, degollar al bruto hermoso; o quizás por respeto al mentido robador de Europa, fundador de su estirpe. Piedad para con Zeus, tal vez, pero manifiesta impiedad para con el del mar océano. Y ahora sumaba a esa culpa la de la impía hospitalidad que les brindaba a dos mortales de ensangrentadas manos. Aliáronse para castigarle Poseidón y la rencorosa Afrodita. Y el castigo fue que Pasifae, mujer de Minos, se enamorase con lascivia irrefrenable del insacrificado toro. Shakespeare hace linda burla de esto cuando Titania se enamora de Bottom traducido en cabeza de asno. Lo de Pasifae era en serio.

Afrodita la odiaba. Afrodita quería vengar en ella la delación que el Sol había hecho de sus amores con Ares,

(1) Ovidio, Lib. VIII, 236 *et seq.*, dice que Perdix era el sobrino de Dédalo, convertido por Minerva, al caer arrojado por el tío, en el pájaro perdiz.

que Homero cuenta. Pasifae era hija del Sol. Su madre era Perseís, Hécate misma bajo la apelación de hija de Perseo. Hecate **"Coeloque Ereboque potentem"**. Mujer ardiente y oscura y arcana a la vez— ¡hermana de Circe!—Pasifae ardió en terrible pasión incontenible. Y Dédalo, instigado por Icaro que estaba deseoso de granjearse la voluntad de la reina, talló habilidosamente becerra tentadora—irresistible engaño para el toro —en cuyas huecas formas la mujer enloquecida colocóse a sus anchas para el himeneo bestial. Esto enferma de solamente pensarlo. Un punto sí conviene dejar claro. Hay quienes afirman, y Richepin lo repite descuidadamente, que Dédalo no hizo más que una armazón de madera que recubrió con el cuero fresco todavía de joven vaca virgen desollada. Aceptar esta versión me parece indecoroso. El cuento se vuelve inmediatamente obsceno con pompeyana obscenidad. No. Al toro de Pasifae lo engañó arte puro. La ternera de Dédalo era toda de madera, hasta los ojos; de madera pintada, policromada. ¡Quién sabe qué malandrín taxidermista, embustero y enemigo del arte, inventó lo del pellejo de ternera natural!

Descubierto el adulterio monstruoso, Minos arrojó al Laberinto, que ellos mismos la habían construido, a los autores del engaño. Y fue para fugarse de aquí—cansados de su exilio en Creta, dice Ovidio,—y burlar otra vez a la justicia—y de ninguna manera en **bienheureux travail d'un esprit glorieux** como quiere Desportes—que Dédalo e Icaro se fabricaron alas de cera, o de plumas pero pegadas con cera al cuerpo. Conviene saber que el Laberinto no era antro subterráneo, ni entechada construcción, sino modelo, me parece, de conciencia atormentada: Elevados muros tortuosos, sin techo ninguno, abiertos sus enredos y pasillos de locura al reproche cotidiano del sol y a la nocturna minuciosa inquisición de las estrellas.

Volando, pues, huyeron, de su castigo en Creta, Dédalo e Icaro, volando con alas de plumón de cera. Pero las implacables diosas venerabilísimas vigilaban y perseguían y acosaban. Helios oyó sus altas e incesantes imprecaciones, y vio en los fugitivos los malditos instrumentos de la ira de Afrodita saciada en Pasifae para herirle a él. El Sol le derritió las plumas a Icaro haciéndolo así caer en aquella parte del mar Egeo,—por Mycone y Samos y Chío,—que del infeliz tomó nombre de Ponto Icariano. Icaria también llámase, en los mapas clásicos, la isla de ese archipiélago a cuyas playas arrojaron las olas el lívido cadáver, y donde, cuenta Estrabo, Hércules piadoso lo recogió y dio humana sepultura (1). A Dédalo, para mayor tormento, le fue dado aterrizar en Cumae donde amargamente lloraría la suerte de su hijo. Cócalo, rey de Sicilia, le brindó refugio en su corte, ávido de aprovechar al arquitecto incomparable. Muros hizo Dédalo. Edificó palacios. Las hijas de Cócalo quisieron un **choros** como el que para Ariadne y Fedra,—ambas princesas víctimas también de la vengativa diosa,—Dédalo había construído, con zócalo de mármol ricamente decorado en Cnosos. Dédalo ya estaba viejo. Las manos le temblaban. Mil recuerdos penosos se le agolpaban en la mente. De nada le sirvieron ni el plomo, ni la escuadra, ni el nivel. Cuando las princesas estrenaron el piso su desquicio las hizo resbalar y caer. Posiblemente, también, bailaban mal. Esa noche estrangularon a Dédalo en el baño.

Tal es la verdadera historia de Icaro y de su padre: Historia terrible, de dimensiones y de profundidades como para solamente el teatro de Eurípides: Tragedia de cuya contemplación podíamos aprender saludable horror de la envidia. Pues envidia fue el pecado inicial —pecado capital, dicen los teólogos—de esos malvados: Envidia que tuvieron de Talos, su sobrino y primo hermano: Envidia que engendró tántos males y que con tántos otros pecados se ligó para formar odiosa familia de crímenes.

Esto no sé cómo lo haya ignorado Philippe Desportes. De seguro que no lo ignoraba. Hagamos por recordar su vida, a ver si encontramos en ella clave que nos resuelva el misterio de su tergiversación del mito. Philippe fué primero empleado de un abogaducho. Mientras copiaba leguleyadas, mientras enhebraba razones para que su patrón zurciera causas rotas, le sonarían en los oídos, como campanillas de oro, canciones de Ronsard, sonetos de Du Bellay, ambos exactamente veintiún años mayores que él. Recordemos lo que nosotros sentíamos cuando la vida estaba en primavera para nosotros y en pleno otoño de abundante fruta para Darío, para Chocano, para la Pléyade nuestra. ¡Como Darío nos hizo a todos suspirar por un París donde el amor y la gloria reinaban y la poesía lo exaltaba todo! Así suspiraba de seguro, el joven Desportes, empleado de abogaducho ducho, por Italia. Y tánto debió de haber deseado ir a la tierra de Petrarca, de Ariosto, de Sannazaro, que al fin Dios le concedió el anhelo. El Obispo Le Puy acarreó con él de secretario, y en Italia el poeta se confirmó en Desportes. Allí mascó laurel, allí probó rocío de miel, y ya no pudo volver a copiarle sentencias a abogado ninguno. La necesidad le hizo convertirse en sicofante de los poderosos. Adula al duque de Anjou y le sigue a Varsovia cuando a este príncipe lo eligen rey de Polonia; luego, cuando en el 1574, ese duque-rey sube al trono de Francia con nombre de Henri III, Desportes recibe de él la abadía de Tirón y cuatro beneficios más. Dice Sainte Beuve que **"plus on regarde dans la vie de Desportes, plus on y trouve d'abbayes"**. Y no cesa, en defensa de su bienestar mundano, de adular con su italiano gusto en los conceptos y su impecable dominio del francés. El es el cantor de las queridas del rey, el cantor de Marie de Cléves y de Renée de Chateauneuf. Y a Charles IX también lo había adulado, y recibido de sus manos ochocientas coronas de oro por el pequeño poema **Rodomont.** Y aduló al duque de Joyeuse; y aduló al almirante Villars; y aduló a Henri IV.

A los poetas adulones los detestamos hoy. Por el pobre Darío hacemos una mueca, como si hubiésemos probado fruta agria, cuando recordamos sus homenajes a Zelaya. A Chocano no queremos perdonarle sus elegantes genuflexiones de foca amaestrada delante de los príncipes zambos de América. Por ahí vegeta un Tablada, odioso desde que entonaba himnos en loor de Porfirio Díaz. Villaespesa nos asqueó con su adulación del entronizado negroide venezolano. ¡Ciertamente, queremos hombres mejor que poetas! Pero se me ocurre pensar que, puesto que no dejamos de querer poetas, puesto que insistimos en dar poetas, somos crueles exigiendo lo imposible: Que el pájaro carpintero tenga voz de zenzontle enjaulado, o que el zenzontle trabaje palo. Pensando en Desportes he meditado acerca de estas cosas. ¿No habrá manera de excusar a los poetas que, puesto que el público que devoraba sus canciones no se preocupaba de cómo comerían, adularon para ganarse el pan? Estos poetas, estos poetas que adulaban porque tenían hambre—¡tántas clases de hambre!,—que adulaban para tener en premio de ello el ocio fructuoso en sus canciones, ¡qué generosos fueron! de Thou, Vauquelin de la Fresnaye, Du Perron y cien más recibieron a manos llenas la liberalidad de Desportes. Hasta aquel que dijo—¿fue Malherbe, ese **docteur en négative?**—que su potage era mejor que sus salmos, bien que se debe de haber hartado alguna vez con potaje de Desportes.

¡Y cuántos no se hartaron con lo que por adular recibió Darío! Chocano tam-

(1) Ovidio tiene que fue Dédalo mismo quien recogió y enterró en Icaria el cuerpo de su hijo.

Una Biblioteca Mínima Cubana

¿Qué obras debieran constituirla, de estar formada exclusivamente por diez volúmenes?

Opinión de Emilio Roig de Leuchsenring

= Envío del autor =

(Véanse las entregas 1, 2 y 3 del tomo en curso)

Oportuna ha sido, indudablemente, la iniciativa de Alfonso Reyes en el número de diciembre de su "Correo Literario" **Monterrey** sugiriendo la formación en cada uno de los países iberoamericanos de sendas **Bibliotecas Mínimas**, porque con ellas podrá lograrse la doble finalidad de una justipreciación de valores intelectuales en las repúblicas de origen ibérico—para "el aseo de América", según frase del propio Reyes—y la presentación ante los europeos, los norteamericanos y los mismos ciudadanos de "nuestra América", de selecciones representativas de cada una de las veinte literaturas.

Así podremos conocernos y apreciarnos mejor los pueblos hispanoamericanos unos a otros, y ofrecer al extranjero compilaciones que por lo manuables, fáciles de conservar en bibliotecas particulares y de consultar y estudiar, les lleven a una mayor y más justa estimación de los valores intelectuales de Hispanoamérica, cesando la indiferencia o el desprecio que de ellos, por ignorancia, hoy tienen el europeo y el yanqui.

Y Félix Lizaso se ha revelado una vez más certero propiciador de cuanto redunde en pro de nuestra cultura, al recoger la sugestión de Reyes y demandar de algunos escritores cubanos opinión sobre la misma, formulando así la pregunta: "Si tuviéramos necesidad de realizar esta **Biblioteca Mínima Cubana**, compuesta de diez volúmenes exclusivamente, ¿qué libros debían contituirla?"

Entre esos escritores por él escogidos me encuentro yo, distinción que agradezco y estimo y no eludo porque considero que no son mis merecimientos sino la amistad y el afecto que nos une lo que le ha hecho colocar mi nombre entre los de las doce personas "que han penetrado en la sustancia de nuestra cultura".

Hace algún tiempo, en los años inolvidables del **Grupo Minorista,** recuerdo que se trató por varios de sus componentes a indicación mía, de acometer empresa análoga de valorización intelectual cubana, sin que llegara a cristalizar, aunque sí conservo notas y apuntes referentes a esa malograda empresa.

Entonces, como ahora, he pensado y pienso que es imposible formar una **Biblioteca Mínima Cubana** de reducido número de volúmenes—diez en el caso actual—con sendos libros **ya publicados,** por la sencilla razón de que muchas de las primeras y más valiosas figuras del pensamiento cubano no tienen recogidas en volúmenes sus producciones, siendo, por lo tanto, imposible entresacar, como característico y representativo de cada una de ellas para esa **Biblioteca Mínima,** uno de sus libros editados ya, sino que por lo general la producción intelectual cubana o no ha sido nunca reunida por sus autores o lo ha sido por compiladores amigos o editores, a su gusto, capricho o conveniencia o forzados por la necesidad—caso de Gonzalo de Quesada con Martí—de impedir, editándola según era recogida, se perdiera la labor dispersa del grande hombre cuya compilación se había acometido.

No es posible, por ello, presentar, vg., como representativo de Martí, un libro suyo, porque Martí sólo editó alguno que otro folleto:—**La república española ante la revolución cubana, Versos Sencillos,** etc.;—y los libros editados por Gonzalo de Quesada son agrupaciones circunstanciales — y meritísimas — de aquellos trabajos que iba acopiando su discípulo predilecto o caían en sus manos. De los escritores que tienen editados, vg., sus discursos o sus poesías, no puede tampoco ofrecerse en una **Biblioteca Mínima** de sólo diez volúmenes, un volumen a las poesías de Heredia o a los discursos de Montoro, porque no todos esos discursos o poesías encajan en una biblioteca de valorización, y sería necesario dejar fuera de ella trabajos, dignos de figurar, de otras valiosas personalidades.

Por todos estos motivos, mi **Biblioteca Mínima Cubana** está formada por diez volúmenes, no de libros ya publicados sino de selecciones no editadas aún, que ofrecen, a mi parecer, lo más valioso y representativo del pensamiento cubano en aquellas ramas del saber humano que más han cultivado, y en que más han descollado los hijos de esta tierra—**Filosofía, Novela, Poesía lírica** y **dramática, Crítica literaria e histórica, Oratoria, Ciencias médicas, física y naturales** y **Ciencias políticas económicas y sociales.** En siete volúmenes agrupo las selecciones de esas materias, indicando aquellas figuras que en mi opinión son de las que deben aparecer trabajos, lo más representativo de cada una de ellas.

Como norma general he prescindido de las personalidades que aún viven o pertenecen a la época contemporánea, a no ser en casos excepcionales en que opino que el mérito y significación de la obra ya realizada por esas personalidades así lo amerita o porque en realidad ya produjeron cuanto les era dable y pertenecen no a la presente, sino a épocas anteriores. Así, por unos y otros motivos, figuran en mi **Biblioteca,** Varona, Montero, Aramburo, Bustamante, Ortiz, Chacón, etc. Aunque he procurado no poner en un primer término para esas selecciones, mis gustos particulares, sino lo que creía verdaderamente digno de figurar por su valor indiscutible, desde luego será posible que el gusto de otros elimine o adicione algunas figuras, y es posible también que se haya escapado a mi conocimiento—o a mi inteligencia— alguna figura digna de aparecer.

Tal no es dudoso ocurra en lo que se

La leyenda de Icaro...

(Viene de la página anterior)

bién fue siempre generoso. De Tablada nada digo, porque generosidad ninguna supe de él. Villaespesa en cambio, sí ha sabido partir su pan y compartirlo cuando su pan llevaba pasas. ¿El haber sido generoso no borrará muchas culpas, oh reformadores de espinazo indoblegable, que, sin embargo, en toda emergencia, abrís una suscrición, lo mismo para mandar un cablegrama de protesta que para comprarle a un camarada billete de viacrucis? Y hay una razón más—¡la humanidad es la razón de las razones!—que nos debe inclinar a otorgar indulgencia plenaria: Lo que esos poetas habrán sufrido teniendo que adular! No todos lo han dicho. Pero Philippe Desportes lo dijo por todos de una vez:

O bien heureux qui peut passer sa vie
Entre les siens, franc de haine et d'envie;
Parmy les champs, les forests et les bois,
Loin du tumulte et du bruit populaire;
Et qui ne vend sa liberté pour plaire
Aux passions des princes et des rois.

Me gusta pensar, pues, que detalle ninguno de la historia tremenda de Icaro le era desconocido a Desportes. Me gusta pensar que en Icaro el francés reconocía—¡que esto fue sobre todo el Renacimiento!—una profunda humanidad. Me gusta pensar que en el esfuerzo de Icaro por ganarse a la reina vio él, como reflejado en uno de esos espejos que desfiguran lo que copian, trasunto fiel pero monstruoso de su propio y continuo alcahueteo de los amores de los poderosos. Me gusta pensar que él entonces tuvo conmiseración como la de Dios por el desdichado joven—conmiseración que era una manera de rezar, una manera de arrepentirse, una manera de confesarse y de haber absolución— y deliberadamente, en un soneto que aún es bello, absolvió a Icaro y lo ennobleció a él y a su desgracia (1). Por esto que de él pienso, Philippe Desportes me jala del corazón un gran cariño. Pero la verdad respecto de Icaro había que volverla a poner en su lugar. ¡Hay tánta envidia, Dios, en este siglo! Lo que es a San José no quiero ni volver.

Persiles

Rancho La Chola de la Cruz,
El General, julio, 1932.

---

(1) Y tánto ennobleció Desportes a Icaro que un imitador suyo (como posiblemente él mismo lo fué del napolitano Luigi Tanvillo (1510-1568) escribió en inglés que el amor hizo las alas de Icaro y le enseñó a volar (Love wing'd my Hopes and taught me how to fly), como se lee en bella canción anónima de las recogidas por Robert Jones en su Second Book of Songs and Airs, publicado en el 1601.

refiere a las **Ciencias Médicas, Físicas y Naturales.**

He consagrado por completo sendos volúmenes a Martí y a Saco porque los aprecio como las dos figuras intelectuales cubanas cuyas obras deben aparecer más en extenso en esta **Biblioteca,** y las dos que mejor podemos presentar al extranjero como las más justamente dignas de figurar no ya en esta **Biblioteca Cubana,** sino también en una valorización del pensamiento continental y hasta mundial.

El último volumen, de los diez, está dedicado a una historia de Cuba, porque considero que debe consagrarse en esta **Biblioteca Mínima** un volumen exclusivamente a la Historia respectiva de cada país. En Cuba tropezamos con la dificultad de no tener una historia completa de Cuba escrita por un cubano, digna de figurar en esta **Biblioteca Mínima.** Por ello resuelvo esa dificultad en la forma que el lector verá.

Lo indicado no es sino la primera parte de la labor selectiva valorizadora a realizar. Falta ahora, y voy a tener el atrevimiento de acometerlo en otra oportunidad, el llevar a cabo la segunda selección, la de los trabajos de cada una de las figuras ya señaladas, que deben ser escogidos.

He aquí, ahora, mi **Biblioteca Mínima Cubana en diez volúmenes:**

1.—JOSE MARTI. Selección de sus trabajos políticos sobre Cuba, Hispanoamérica, Estados Unidos y relaciones entre ambas Américas; de sus discursos; de sus artículos de crítica literaria y artística; de sus crónicas periodísticas y semblanzas; de los artículos y cuentos para niños; de sus cartas; ofreciendo principalmente al Martí libertador actual, en lo político, social y económico, de los pueblos de la que él llamó "Nuestra América".

2.—JOSE ANTONIO SACO. Selección de sus trabajos políticos, en especial de aquellos en que estudió y combatió al despotismo y absolutismo colonial, las esclavitudes india y negra y el anexionismo yanqui.

3.—FILOSOFIA. Selecciones de los trabajos filosóficos de Félix Varela, José de la Luz y Caballero y Enrique José Varona.

4.—NOVELA. **Cecilia Valdés,** de Cirilo Villaverde, porque no obstante el valor indiscutible de algunas novelas posteriores de Nicolás Heredia, Miguel de Carrión, Jesús Castellanos y Carlos Loveira, debe aquella ser considerada como la mejor y más representativa de las novelas cubanas y no igualada pintura de costumbres públicas y privadas de la época colonial.

5.—POESIA LIRICA Y DRAMATICA. Selecciones de lo más valioso de los más valiosos poetas cubanos, para cuya labor de valorización pueden servir de guía las colecciones antológicas de José María Chacón y Calvo—**Las cien mejores poesías cubanas**—y de Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro—**La poesía moderna en Cuba.**

Los dramas **Baltasar,** de Gertrudis Gómez de Avellaneda y **Aristodemo,** de Joaquín Lorenzo Luaces.

6.—CRITICA LITERARIA E HISTORICA. Selecciones de Antonio Bachiller y Morales, José Antonio Echeverría, Aurelio Mitjans, Rafael María Merchán, Manuel de la Cruz, Ricardo del Monte, Enrique Piñeiro, Manuel Sanguily, José de Armas y Cárdenas, Mariano Aramburo, Enrique José Varona, Rafael Montoro, José Miró, Emilio Bobadilla, José Ignacio Rodríguez, Jesús Castellanos, Nicolás Heredia, Ramiro Guerra, José A. Rodríguez García, Francisco de P. Coronado y José María Chacón y Calvo.

7.—ORATORIA. Discursos y conferencias selectos de Tristán de Jesús Medina, José Agustín Caballero, Antonio Zambrana, Manuel Sanguily, Rafael Montoro, Enrique José Varona, Eliseo Giberga, Rafael Fernández de Castro, Miguel Figueroa, José A. Cortina, José María Gálvez, Antonio González Llorente, Antonio S. de Bustamente, José A. del Cueto, Mariano Aramburo, José A. González Lanuza y Juan Gualberto Gómez.

8.—CIENCIAS MEDICAS, FISICAS Y NATURALES. Selecciones de Felipe y Andrés Poey, Tomás Romay, Nicolás José Gutiérrez, Alvaro Reynoso, Carlos Finlay, Carlos de la Torre, Juan Cristóbal Gundlach, Adolfo Sanvalle, P. Benito Viñes, Joaquín Albarrán, Francisco Albear y Lara, Aniceto Menocal, Tomás V. Coronado, Juan Guiteras, Oscar Amoedo, Enrique Lluria y Manuel González Echeverría.

9.—CIENCIAS POLITICAS, ECONOMICAS Y SOCIALES. Selecciones de Calixto Bernal, Francisco de Arango y Parreño, Gaspar Betancourt Cisneros, Domingo del Monte, Conde de Pozos Dulces, Francisco Figueras, Enrique José Varona, Rafael Montoro, Antonio S. de Bustamante, José A. González Lanuza, José Sixto de Sola, Fernando Ortiz (estudios sobre los afrocubanos), Ramiro Guerra (estudios sobre el latifundismo) y Cosme de la Torriente (estudios sobre la Enmienda Platt).

10.—HISTORIA. Puede suplirse la falta de historias completas de Cuba escritas por cubanos, con la **Historia de la Isla de Cuba,** por Pedro José Guiteras, que comprende sólo hasta el año 1838 (Gobierno de Tacón) e **Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana,** por Vidal Morales y Morales, que empieza en 1799 (gobierno de Someruelos) y termina en 1900 (ocupación militar norteamericana); o con la primera y algún resumen—que se escribiera expresamente para esta **Biblioteca Mínima**—desde 1838 hasta la época contemporánea.

Estampas

Formemos en la gente nueva el espíritu de sacrificio

= *Colaboración directa* =

Un país puede llevar encima muchas desgracias, pero si mantiene la fe en su redención no se lo comerá el envilecimiento. Lo terrible es el estado de indiferencia colectiva, cuando ya nadie piensa, ni habla con la aspiración del hombre libre. Pero si hay ánimo para la lucha fecunda estemos ciertos de que la gente nueva va adquiriendo conciencia. No es fácil meter inquietudes en la vida del indiferente o del descreído. Sin embargo, afirmando enérgicamente las cosas que precisa afirmar y negando enérgicamente las que precise negar se enseña a las gentes el uso del sí y del no. Se las oye pronunciarlo con propiedad y esto es señal de que el espíritu interviene, de que la persona nace.

Lo primordial cuando se habla con fe es no desprenderse de la verdad. Hay fuerza en la afirmación y en la negación. Hay contorno en el luchador. "Me gusta ver—dice don Cecilio Acosta—la alabanza sin lisonja y la lisonja sin premio, y que no haya de estos fabricantes de elogios, tan fáciles para ensalzar como para deprimir; linaje de moscones que zumban porque medran, y que se apegan a los gobiernos porque chupan. Me gusta que la verdad ande valida y no adulterada como moneda sin peso ni ley; y que no se crea que se gana nada aunque se gane dinero, porque se llame a feria para vender el honor". Es el ejemplo que precisa dar a la gente nueva, para que acabe con el miedo que devora la actividad combatiente, para que se arme y luche por redimir a su país. Si la austeridad viene a inspirar la conducta no puede haber fabricantes de elogios, no puede haber tampoco quienes trafiquen con su honor. A un país lo envilecen los ambiciosos que desaforados por el medro encuentran el mejor filón en la alabanza de aquellos que tienen gobierno. Por el medro justifican todo error, toda iniquidad. Saben que mientras presenten cara de aprobación al amo éste los tendrá de su lado. Y estar al lado del amo es para el servidor envilecido la ocasión de ganar honores, de ganar posiciones, de acomodarse siempre junto al calorcillo que desentumece.

Pero a la gente nueva debe enseñarse que a un país se le sirve y se le cuida no con el envilecimiento. El envilecido se acomoda al molde que le impongan. Es un objeto que va y viene según la orden del amo. Y no quiere la redención de un país unidades tan bajas. Con ellas no construye medios certeros de defensa. Lo que quiere es gente que tenga juicio propio. Mientras cada cual busque dentro de su conciencia condenación para los males, tendrá un país vida y se salvará. De modo que si se trabaja por el bienestar hay que aspirar a formar en la gente nueva el espíritu del sacrificio. Es labor difícil. Pero sin ella no hay obra grande.

El abandono de la vigilancia de los intereses de un país es consecuencia de la falta de capacidad de sacrificio. La gente va adquiriendo el hábito de que sea un hombre, de que sean dos, de que sea un grupo el que piensa por ella. Y sigue ese pensamiento sin preocupación por la verdad que pueda tener. Y para que ese pensamiento se imponga da la gente a sus generadores el gobierno de un país. El resultado es que la vigilancia se abate y cunde el envilecimiento. Para ir al gobierno se capitula; para ir al gobierno se transige con los mayores errores, con las más grandes iniquidades.

Pero si en verdad creemos que cada país tiene su gente nueva, es decir su gente no contaminada por esos vicios de los envilecidos, debemos crear el pensamiento contrario a fin de que se adquiere espíritu de sacrificio. Enseñar que el gobierno por mucha prebenda y medro que dé no resume todos los poderes de un pueblo. La obra constructiva es de seguro la que logra hacerse fuera del gobierno. Porque sin gobierno hay una libertad efectiva para el trabajo de pensamiento creador. Y la libertad irrestricta es esencial en toda empresa grande. Sobre todo es esencial para servir con sacrificio los intereses del país. Si no hay gente despierta que estudie los problemas de carácter nacional, que los defienda cuando son objeto de negocio del inescrupuloso, la perdición es cosa inevitable. La gente nueva es la que tiene la responsabilidad de ese estudio y de esa defensa. A veces se oye la queja contra la indiferencia colectiva, pero buscando causas se da enseguida con que los países en que el desanimo impera no está organizada la fuerza de la defensa y de la vigilancia. Es decir, son países en los cuales se ha confiado exclusivamente al gobierno el trato de los negocios grandes. Por el gobierno se lucha, esto es, por presidencias, por ministerios, por diputaciones. No lograda esa meta vuelven a su penumbra los derrotados. Lograda entran en otra penumbra. En ninguno de los dos casos hay diferencia. Porque, no resume el gobierno los poderes que crean una nación. Es indudablemente una parte de esos poderes, pero quizá la mínima cuando hay fuera de él organizada la parte mayor y más fecunda.

Esa parte mayor es la que dirige en los países que la tienen como obra de la gente nueva. No se producen en ellos las bancarrotas de sus intereses nacionales. En cuanto el traficante quiere traficar encuentra que no puede hacerlo, porque al instante se manifiesta la opinión vigilante. Es claro que los intereses de los pueblos tienen enemigos formidables por la codicia y por los medios de que disponen para su conquista, pero todo el aparato de esclavitud se desarma cuando encuentra sacrificio. No es que la advertencia de que el traficante no se impondrá, detendrá el ímpetu de la conquista. Precisamente será mayor ese ímpetu. Pero si no hay cobardías, si se estudia y se da la razón contra la entrega de los intereses de un país, la lucha se resuelve al final en bien de ese país.

Sacrificio, decimos pensando en que las almas que son capaces de ofrecerlo no forman en un país legión. Y lo decimos y nos afirmamos en que es necesario empeñarse en esa obra grande, porque palpamos la urgencia de despertar conciencias. La capacidad para el sacrificio existe en muchos y en los que no existe puede crearse. El error es quejarse porque a la hora de la lucha no hay quien secunde. ¿Cómo pedir cooperación si se ha hecho abandono de la prédica que crea conciencia vigilante? El monte cubre espontáneo el terreno abandonado, pero si es cultivo selecto lo que buscamos hay que seleccionar y abrir surcos y dar riego y calor. Y sobre todo hay que sudar inclinado sobre la tierra. Pues para crear conciencia en los pueblos no es diferente la obra. Si se abandonan a su propia naturaleza no aparece en ellos sino la maraña. Educados, inclinados a mirar hacia el horizonte que da luz adquieren capacidades y se dan cuenta de que viven en unos linderos que precisa defender del traficante, que urge ennoblecer para que la vida no se haga miserable.

No es juego de imaginación la fe puesta en el despertar de la gente nueva. En ella debe confiarse y por ella debe trabajarse. Mientras el envilecimiento no haya cundido en todos los resquicios de un pueblo debe aspirarse a crear conciencia. Con gente que piense, que sienta el valor de los intereses que le dan fisonomía independiente a un país, es posible la batalla fecunda. Pero no hay que hacerse ilusiones y empeñarse en una empresa pensando en que enseguida no más va a aparecer el que secunde y lleve hasta el sacrificio su ayuda. Por lo mismo que toda empresa grande implica sacrificio enorme, aquel que la busca debe confiar en sus propias fuerzas y en el temple de su espíritu. No busque afuera apoyo si está seguro de que el medio no es para dar apoyo. La empresa, si es realmente constructiva, tendrá también como fin el de hacer que la gente piense, que se interese, que reciba el toque que la despierte del letargo. Al final ha de lograrse que la gente nueva aparezca y secunde y exija la defensa de los intereses de una nación. Pero impongámonos sacrificio. Sin él toda obra se queda a medio hacer, en una desgracia envilecedora.

Juan del Camino

Costa Rica y agosto de 1932.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.25
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Sobre un ensayo de Aldous Huxley

= *Envío de la autora.*—Costa Rica, agosto, 1932 =

Tengo entendido que los maestros de todos los lugares—o si no de los más—son una grey que afronta muchos y muy serios problemas. A mi ver es uno y muy grave el de la incapacidad para organizarse en las defensas y el de que éstas les sean encomendadas generalmente a cualquier mentecato. Muchos de esos problemas a fuerza de irse quedando sin solución se van convirtiendo en calamidades y éstas, por ser muy complejas y de poca actualidad, se hacen aún más difíciles de resolver. Querría hablar sobre ésta de la reducción de salarios con cualquier pretexto. Y si se hacen las consideraciones esas sin duda pedagógicas de que el maestro ha de llevar a los niños que se le encomiendan un ánimo plácido y jovial y de que su actitud ante ellos no será nunca la de un espíritu que se halle embargado por congoja ni tristeza algunas—oigamos lo que nos dice Aldous Huxley en un pequeño pero muy interesante ensayo que se titula: ***Tragedy and the Whole Truth***. Es un comentario a un pasaje que se halla en el Canto XII de la Odisea. De los compañeros de Ulises seis fueron devorados por Escila—hija de Crateis—«los que más sobresalían por sus manos y por su fuerza» y siendo arrebatados a lo alto le llamaban con el corazón afligido pronunciando su nombre por la vez postrera. Y concluye Ulises diciendo: «De todo lo que padecí peregrinando por el mar, fué este espectáculo el más lastimoso que vieron mis ojos.» Los que sobrevivieron y lograron escapar del peligro se dirigieron a Sicilia y toda aquella aventura termina con estas palabras «...detuvimos la bien construída nave en el hondo puerto cabe a una fuente de agua dulce; y los compañeros desembarcaron, y luego aparejaron muy hábilmente la comida. Ya satisfecho el deseo de comer y beber, lloraron acordándose de los amigos a quienes devoró Escila después de arrebatarlos de la cóncava embarcación; y mientras lloraban les sobrevino dulce sueño.» El ensayista termina la cita anterior diciendo: «La verdad—la pura verdad y nada más que la verdad.—Y yo pienso que no tienen los maestros como defensor en esto a otro más autorizado ni elocuente que Homero.» Los comentarios de Huxley que me vería en el caso de glosar son una corroboración amplia y decidida. Antes que a la tristeza y al llanto presta Homero una intencionada preocupación por la cena bien aderezada, por la satisfacción de esas necesidades que son el hambre y la sed. Aquí es donde su grandeza por poeta y por humano se afirma, y muy especialmente si se le compara con otros autores que menos preocupados por la verdad y en consecuencia menos grandes, hubieran dado fin al pasaje fatal con el llanto de los compañeros sobrevivientes como un remate de tragedia. Pero en la Odisea vemos que se considera con cierta graciosa naturalidad que quien no ha llenado sus necesidades más elementales está incapacitado aun para la tristeza. Y ésta así mirada dice Huxley, viene a ser un lujo. Ahora pensemos en la alegría—esa alegría que según los buenas pedagogos debe mantener el maestro excelente cuando se dirige a los niños tan afanosos buscadores de ella. La alta tensión moral que requieren el llanto o la risa, la tristeza o ánimo jovial de tanto valor educativo, han de ser precedidos por la cena bien aderezada que nos dice Homero, por el salario fijo bien retribuido cuya importancia no ven los que padecen de una ceguera que no es precisamente la del gran poeta.

Emilia Prieto

Exposición Francisco Amighetti



Por *F. Amighetti*

En la sala segunda de Amigos del Arte expone Francisco Amighetti un extenso conjunto de xilografías y dibujos. La nota policroma se incluye como excepción. La intitula ***Caré porteño***, un episodio urbano visto de escorzo, desde lo alto. Ya están en ella definidas las cualidades de su autor: gusto afinado y sensibilidad no menos delicada. Exceden de cincuenta las obras de ambas series. Grabadas en madera o dibujadas a simples contornos, todas son de reducidas dimensiones. Dijérase que su autor necesita concentrar en breve espacio la forma expresiva de sus figuraciones. A ratos el tema ***casi no lo parece***. Eso es, en rigor, el matiz más claro, y a la vez más profundo de su personalidad. ¿Qué busca en estos casos Amighetti? La belleza de lo sencillo, de lo tenue, de lo humilde. Veamos un título: ***Planta***. Es una breve armonía de trazos minúsculos. Es **una** planta. Nada más. Su encanto reside precisamente en ello, en haberla **visto**, en haberse detenido a contemplarla, para darnos luego esta sencilla y noble transfiguración. Amighetti es, ya se ha visto, un evocador de intimidades. Siempre y en todo hallamos ese carácter. En los retratos más logrados, en las escenas portuarias, en un aspecto ciudadano, en un campesino, en las evocaciones más diversas, pone Amighetti el calor comunicativo que dota de significado las intuiciones logradas. La síntesis lineal de sus dibujos eso nos dice. Nos lo dice en la deliciosa brevedad de **Inmigrantes, Plaza de los Ingleses,** y, en otro orden, en la gracia penetrante de **Viejos,** y pasando a otro género y a otro reino, en **Caballos.** La nónima puede ampliarse holgadamente.

¿De dónde procede este hombre joven, cuyo acento posee un timbre tan claro? Cuando habla es para decirnos su fervor ante el Greco—un pintor **de ayer,** y de hoy, y de todos los tiempos;—cuando graba y dibuja es para mostrarnos cómo se transforma el mundo sensible en el proceso de su espíritu. En ambos casos le vemos libre de la retórica y del formulismo que reduce hoy a no pocas inteligencias. Amighetti bebe en su vaso el agua de una fuente clara y viva. De ahí que no sea pequeño su vaso. Al reflejar una alma da cabida en él a todas las cosas posibles. Así dibuja y así graba haciendo converger en la línea o en el claroscuro lo mejor de sí mismo: su arte y la emoción de su arte. Por eso cautiva la parvedad de algunas obras suyas, por la simpatía humana que las ennoblece. Buscar el sentido de las formas —mujer, hombre, cosas—es animarlas por dentro. Así procede Amighetti. Cuando un contorno ágil se organiza y lleva en la sutileza del trazo una **razón interna,** nos da la imagen de una criatura selecta en Margarita Abella Caprile. Si la mano acentúa en la madera el trazo firme y busca la oposición de blanco y negro, nos da las efigies de Waldo Frank, Foujita, Eduardo Mallea, Leopoldo Lugones, Francisco Romero, por no citar la serie toda. El xilógrafo que hay en Amighetti se diversifica en otros temas. Su agilidad le permite oposiciones como **Palmeras** y **Burrito, Begonias** y **Campesino, Arrabal en la noche** y **Bueyes enyugados, Beatas en la madrugada** y **Buey negro, Niño indio del altiplano** y **Cristo de 1800. Costa Rica.** ¿Para qué citar más?

La sala segunda de Amigos del Arte donde Francisco Amighetti reune otras obras, adquiere por esa presencia otros alcances. Implica, dígase con todas las letras, una lección de probidad artística.

(De *La Nación*. Bs. As. 4 de julio de 1932.)

Imprenta LA TRIBUNA